BOLSILIBROS BRUGUERA

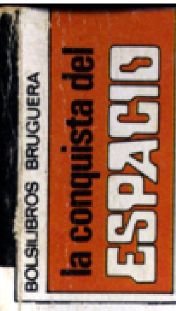
la conquista del ESPACIO

LA DIOSA TERRESTRE DE GLAXO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



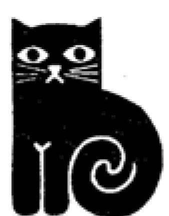


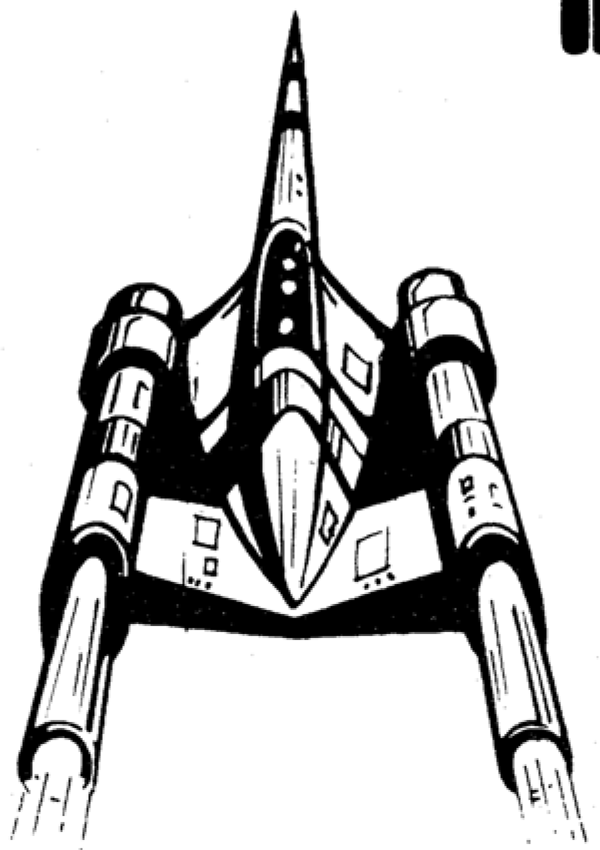
LA DIOSA TERRESTRE DE GLAXO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





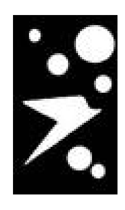
La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA

LA DIOSA TERRESTRE DE GLAXO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 478

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 28.414 - 1979

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1989

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — *Base marciana «Juno»,* Joseph Berna.
2. — *¡Destruid ese planeta!.,* Clark Carrados
3. — *Genesde muerte,* Burton Haré.
4. — *El viaje infinito,* Clark Carrados.
5. — *La patada sideral,* Ralph Barby.

CAPITULO PRIMERO

Año 2041.

La ATLANTIC, astronave comercial, había partido de la Tierra cuatro días antes, con destino a Júpiter.

Júpiter...

El planeta más grande del Sistema Solar, con un diámetroecuatorialde142.000Km,nadamenos.

Es, aproximadamente, 1.300 veces mayor que la Tierra y tarda casi doce años en dar una vuelta completa alrededor del Sol, a una distancia media de 778 millones de kilómetros.

Deahí que su temperaturasea bajísima.

Del orden de — 150º C.

Su distancia a la Tierra oscila entre 630 millones de kilómetros en una posición favorable y 960 millones de kilómetros en la conjunción superior.

Pero la ATLANTIC, una de las más modernas y veloces astronaves terrestres de vuelos comerciales, propulsada por reactores atómicos, recorría esa enorme distancia en sólo seis días, cuando la posición de Júpiter era la más favorable y en nueve días, cuando la posición alcanzaba su puntomásdesfavorable.

En Júpiter, como en Venus, Marte, e incluso Saturno, existían colonias terrestres desde hacía algunos años y eran bastante frecuentes los vuelos comerciales entre la Tierra y dichos planetas y viceversa.

A bordo de la ATLANTIC, iban cien pasajeros justos que, sumados a los veinte miembros que componían la tripulación, hacían untotal de ciento veinte personas.

El viaje, aunque pudiera parecer lo contrario, no se le hacía largo y pesado a nadie, pues la ATLANTIC era algo así como un lujoso transatlántico espacial.

Cómodos camarotes individuales...

Dos amplísimos comedores...

Tres bares...

Sala de cine...

Salóndebaile...

Piscina...

Solariumartificial...

Salón de lectura...

Sala de juego...

Gimnasio...

Sauna...

Todo esto y muchas cosas más, estaban a disposición de los pasajeros, quienes disfrutaban realmente del viaje y sin apenas darse cuenta, se hallaban ya divisando Júpiter.

Uno de los pasajeros que más gozaba en aquel viaje, era sin duda Raimo Glans, un joven de origen sueco de pelo muy rubio, como es habitual entre la raza nórdica.

Raimo contaba veintisiete años de edad, medía 1,90 de estatura y pesaba alrededor de los ochenta y cinco kilos.

Un joven alto y atlético como él, de facciones agradables, además, siempre alegre y con ganas de bromear y pasarlo bien, era lógico que tuviese mucha aceptación entre las mujeres jóvenes que realizaban aquel viaje.

YRaimo, lógicamente, no desaprovechaba ninguna oportunidad.

Chica bonita que se le ponía a tiro, chica bonita que se llevaba al zurrón.

Entiéndasecamarote.

Al de ella o al de él, eso era lo de menos.

Como tampoco importaba que fuera pasajera o miembro de la tripulación.

Lo único que importaba era que la chica tuviera un rostro atractivo y un buen par de piernas.

GabriellaSimmons tenía eso.

Ymuchas cosas más, no menos interesantes.

De ahí que Raimo Glans la hubiese escogido para pasar con ella aquella su cuarta noche a bordo de la ATLANTIC.

Grabiella, una pelirroja de mirada ardiente y boca terriblemente sensual, no había dicho que no.

El cuerpo le pedía movimiento y no precisamente del que se solía hacer en el gimnasio.

Por eso había aceptado la proposición de Raimo, convencida de que con él iba a pasar una noche como para recordarla durante mucho tiempo.

Lo mismo pensaba Raimo, mientras se preparaba para acudir al camarote de Grabiella.

Ellale esperaba allí.

Acostada,seguramente.

Y con muy pocas cosas encima, seguramente.

Tal vez nada...

Este último pensamiento hizo que Raimo Glans cerrase la llave de la ducha y atrapase la toalla.

Ya estaba suficientemente fresco y limpio.

Se secó el musculoso cuerpo con rapidez y salió del pequeño cuarto de baño, completamente desnudo.

Se puso el pantalón de pijama, se enfundó la bata y metió los pies en unas cómodas zapatillas.

Ya estaba listo.

Raimo abrió unos centímetros la puerta de su camarote y aplicó el ojo a la grieta.

Novio anadie.

Raimo abrió un poco más y asomó la cabeza, mirando a derecha e izquierda.

El corredor estaba despejado.

Raimo salió rápidamente de su camarote y corrió hacia el de lapelirrojaGabriella.

No llamó a la puerta, pues ya habían quedado así.

Raimo se aseguró de que nadie le veía y entonces abrió la puerta y se coló en el camarote de Grabiella.

Estabaen penumbra.

— Gabriella... — llamó,suavemente.

La pelirroja no le respondió, aunque Raimo la vio removerse en la cama.

Sonrió.

Grabiellateníaganasdejugar...

Bien.

El tambiénjugaría.

Precisamente, aquel tipo de juegos le encantaban.

Raimo se despojó de la bata, dejándola caer al suelo y luego sacó los pies de las zapatillas.

Estuvo a punto de sacarse también el pantalón del pijama, pero pensó que ya habría tiempo para eso, cuando la situación lo requiriese y se acercó así a la cama.

Gabriella le daba la espalda.

No importaba.

Ya le daría luego todo lo demás.

Raimo levantó la sábana y se metió en la cama, pegando su cuerpo al de la pelirroja, con suavidad.

Percibió el calor de aquel cuerpo joven y armonioso y eso le excitó tanto, que se apresuró a cubrirlo de caricias.

Empezó por las piernas, desnudas, porque el camisón que llevaba puesto Gabriella era tan corto que se había quedado por encima de la frívola braguita.

Raimo notó que ella se estremecía dulcemente al contacto de sus manos, una de las cuales se deslizó por debajo del camisón, hasta aprisionar con ternura uno de los firmes y cálidos pechos de la pelirroja.

Gabriella dio un grito.

Y en seguida, un brinco de mono.

— ¡Gabriella! — exclamó Raimo, desconcertado, al ver que la pelirroja se apartaba de él como si tuviera miedo de que le contagiara la fiebre amarilla.

Pero su desconcierto se transformó en estupor cuando ella, de rodillas ya sobre la cama,alargó el brazo y encendió la luz.

Raimo se quedó mirándola con la boca abierta.

¡NoeraGabriellaSimmons!

¡Nisiquieraerapelirroja!

¡Aquella chica tenía el pelo castaño!

¡Y unas ganas locas de arañarle!

¡Y de morderle!

¡Y de soltarle un rodillazo entre los muslos!

Raimo Glans hubiese querido decir algo, pero se había quedado sin habla, de la sorpresa.

De la sorpresa y de la tremenda bofetada que acababa de darle la chica, que poseía un rostro bonito, pese a la furia que ahora se reflejaba en él y un cuerpo que no tenía desperdicio.

Esto último pudo apreciarlo claramente el perplejo Raimo, pues el camisoncito de la muchacha, a la que se le podían conceder unos veintitrés años, era deliciosamente transparente.

Raimo no pudo evitar el fijarse, aunque muy brevemente, en los hermosos senos de la joven, que se agitaban bajo el finísimo tejido, sacudidos por la cólera de su dueña.

También dio una rápida ojeada a sus caderas, de suave curva, a su vientre, liso y terso, a sus muslos, maravillosamentelargosyesbeltos...

La chica, que parecía seguir deseando comérselo vivo o desgraciarlo para toda la vida, rugió:

—¡Fuerademicama!

Raimo sintió complejo de perro, pero no se hizo repetir la orden, pues sabía que corría el riesgo de recibir una segunda bofetada, tan sonora como la primera.

La joven atrapó la sábana y se cubrió el pecho y las piernas con ella.

—¡Daré cuenta al comandante!—dijo.

Raimo, que ya se estaba enfundando nerviosamente la bata, rogó:

—Por favor, no lo haga.

—¿Que no lo haga...? ¡Se ha colado usted en mi camarote como un ladrón!

—Le juro que no le he robado nada.

—¡Pero se ha metido en mi cama, medio desnudo y me ha tocado las piernas y los senos!

Raimotosió.

—He debido confundirme de camarote.

—¿Sí...?

—Seguro. Yo buscaba a una tal Gabriella Simmons,una pelirroja de curvas muy señaladas. Ella me esperaba, ¿sabe?

—¿Para comprobar si es usted buen conductor?

—¿Cómo?

—Por lo de las «curvas», lo digo.

—¡Oh!, era un chiste — rio Raimo. La chica volvió a mirarle con fiereza. Raimo cortó su risa y carraspeó:

—Bueno, como le iba diciendo, Gabriella me esperaba. Por eso no llamé a la puerta. Y, como el camarote estaba en penumbra y usted me daba la espalda, pues... ¿Qué camarote es éste?

—¡El setenta y seis!

—Caramba, pues ése es el número que me dijo Gabriella... — murmuróRaimo.

—¡Debió entenderlo usted mal!

—Evidentemente. Y le pido disculpas por ello.

—¡Disculpas que yo no acepto! ¡Como le he dicho antes, informaré de lo sucedido al comandante de la ATLANTIC!

—Oiga, ¿es que usted no se ha confundido nunca?

—¡De camarote, no!

- ¡Pues eso es algo que a todos nos puede pasar alguna vez, créame!
-
- —¡Ya veremos lo que le pasa a usted, por haberse metido en mi cama en pijama y habérmelo toqueteado todo!—Oiga, no todo.—¡Porque me desperté a tiempo, que si no...!—Si se hubiese despertado en cuanto aparté la sábana, no le hubiera tocado nada.—¡No, si aún voy a tener yo la culpa!—Una parte de culpa sí que tiene, reconózcalo. Si tuviera un sueño más ligero, se hubiese despertado en cuanto pegué mi cuerpo al suyo. Pero no, siguió usted *roque.*—¿Que seguí qué...?—Dormida, quise decir — tosió Raimo —. Y tampoco dijo ni pío cuando...
-
- —¡Pío lo dicen los pajaritos!—Tiene usted razón. Diré, entonces, que tampoco se despertó usted cuando mis manos se posaron sobre susmuslos y los acariciaron. Ni cuando se fueron para arriba. Sólo cuando una de ellas alcanzó su...
- —¡Sé lo que alcanzó, no es necesario que me lo recuerde!
- No, supongo que no — rezongó Raimo —. Pero admita que,

de haberse despertado usted más pronto...

- —¡Yo me despierto cuando me da la gana!—Es usted muy dueña.—¡Vamos, fuera de aquí!—Sí, ya me voy. Pero no sin antes rogarle, una vez más, que olvide el incidente.—¡Dudomuchoqueloolvide!—Si habla con el comandante, tendré problemas.—¡Usted se los ha buscado!—Ya me dio una bofetada, ¿no?—¡Media docena, se merecía!—Ahora entiendo por qué me dio una que valía por seis. ¿Sabe que creo que tengo una muela floja? — Raimo se tocó al maxilar inferior.—¡Pues vaya a la enfermería y que se la extraigan! — repuso la encolerizada joven.—Sí, creo que eso es lo que voy a hacer — masculló Raimo y se dispuso a salir del camarote.
- Pero no pudo hacerlo, porque en aquel preciso instante, la ATLANTIC sufrió una violenta sacudida y tanto Raimo Glans como la enfurecida joven de pelo castaño rodaron como pelotas por el suelo del camarote.

- CAPITULOII
- Las tremendas sacudidas se sucedieron.Todo temblaba en el interior de la astronave.La muchacha del pelo castaño se llenó de terror, pues temía que la ATLANTIC estallase en pedazos de un momento a otro.Algo parecido se temía Raimo Glans.En una de las bruscas sacudidas de la astronave, Raimo fue a parar debajo de la cama, que estaba, como todas, clavada al suelo y gracias a ello iba de un lado para otro, como el resto de las cosas.Raimo se agarró con fuerza a una de las patas y esperó la oportunidad de agarrar a la muchacha, que seguía rodando por el piso del camarote, sin dejar de dar chillidos.De haber sido otras las circunstancias, Raimo Glans se hubiese deleitado con las idas y venidas de la chica, pues con tanto rodar por el suelo, el picarón camisoncito se le había subido hasta el cuello y la joven lo mostraba todo menos lo poco que cubría la sucinta braguita de encaje.Pero Raimo no pensaba en eso, en aquellos dramáticos momentos.Ignoraba lo que le estaba sucediendo a la ATLANTIC pero era evidente que se trataba de algo muy serio.Tan serio, que todos podían perecer.Raimo siguió debajo de la cama, agarrado a la pata.De pronto, se le presentó la oportunidad que había estado aguardando, pues las esculturales piernas de lajoven quedaron por un instante al alcance de su mano. Raimo disparó la izquierda y atrapó uno de los tobillos de la muchacha, del cual tiró con fuerza, consiguiendo arrastrarla hacia la cama.
- —¡Deme la mano! —gritó, cuando ya no le era posible seguir tirando de la pierna.
- Ellaobedeció.Raimo la agarró y dio un nuevo tirón, siempre cogido de la pata de la cama con la otra mano.Consiguió meter a la chica debajo de la cama.
- —¡Agárrese a mí todo lo fuerte que pueda! —indicó.La joven, con el camisón todavía enrollado al cuello,como si fuera una bufanda, se abrazó a él, sin perder tiempo en bajarse la sugestiva prenda de dormir.
- Hizo bien, porque siendo ésta transparente, de poco le hubiera servido bajársela.Además, a ella le sucedía lo que a Raimo, que tampoco pensaba en las cosas que enseñaba, sino en que la ATLANTIC parecía haberse vuelto loca y aquello podía ser el fin de todos cuantos viajaban a bordo.Por fortuna, las terribles sacudidas de la astronave cesaban pocos minutos después, tan repentinamente como se habían iniciado y la ATLANTIC recuperó su estabilidad, con gran alivio por parte de Raimo Glans y de la muchacha de pelo castaño.Fue ella la

primera en hablar, aunque lo hizo sin apenas voz.

- —Parece que ha pasado..—No se fíe — aconsejóRaimo.—¿De usted?—Yo soy de fiar.
- —¿Cómo puede decir eso, teniendo su mano donde la tiene?—Agarrada a la pata de la cama, ¿es que no lo ve?—Me refiero a la otra.—Debo haberla perdido, no la veo.—La tiene sobre mi trasero.—Ah, sí, ya lo recuerdo — tosió Raimo—. La agarréde ahí para evitar que, con alguna de las sacudidas, volviera a salir despedida.
- —Lassacudidas cesaron.—Pero pueden volver y pillarnos desprevenidos.—O sea, que va a seguir oprimiéndome las nalgas.—Sólo hasta que esté seguro de que ha pasado el peligro.—Tiene usted más cara que un camello.—Bueno, siquiere que lasuelte, por mí...—dijo Raimo, pero él no soltó la firme grupa de la muchacha.
- Ella, por su parte, tampoco le obligó a que lo hiciera.

- es que seguía asustada.
- abrazada a Raimo. Este preguntó:

- —¿Cómo se llama?—Aline;Aline Coghlan.—Yo me llamo Raimo; Raimo Glans.—Supongo que debería decir que es un placer conocerle, pero como no lo es, no lo digo.—¿Sigue enfadada conmigo, Aline ?—Naturalmente.—Debería estarme agradecida, por haberla ayudado. Le he evitado un buen número de trompazos.—Me había dado tantos ya, cuando usted me agarró del tobillo, que por unos cuantos más...
-
- —Dé gracias por no tener ningún hueso roto.—¿Y usted cómo sabe que no tengo ningún hueso roto, si donde está tocando, todo es carne?
- Raimo tosió de nuevo.
- —¿De verdad piensa que me estoy aprovechando de la situación?—Juraría que sí.—Usted me está abrazando a mí y yo no pienso mal.—Oiga, que fue usted quien me ordenó que le abrazara, no sea presuntuoso — gruñó Aline.—Y no me arrepiento, se lo aseguro — sonrió contagiosamente Raimo, moviendo la mano izquierda.
- — 16La joven apretó los dientes.
- —¿Qué hace ahora, explorar el terreno?—Ya está pensando mal otra vez. Sólo' estoy retirando mi mano de su trasero.—Una tortuga coja se retiraría más de prisa.—La retiro despacio porque no estoy muy seguro de que no vuelvan a producirse las sacudidas.
- En los ojos de AlineCoghlan hubo un chispeo de temor.

- —Yo tampoco, lo confieso — murmuró.—Creo que debemos arriesgarnos.—Sí, no podemos quedarnos toda la noche debajo de la cama, usted agarrado a la pata y yo agarrada a usted.—Tiene razón. Las camas se han hecho para acostarse sobre ellas, no bajo ellas. Salgamos.—Espere que me baje el camisón, que lo estoy enseñando todo.—No se preocupe, no enseña nada feo — sonrió Raimo.
- Alinesoltó un gruñido.
- —No es momento para piropos, Raimo.—Estoydeacuerdo.
- Salieron los dos de debajo de la cama.Lo primero que hizo AlineCoghlan fue recoger su bata del suelo, y ponérsela sobre el tentador camisoncito.Luego, se cogió los riñones, con claro gesto de dolor.
- —Ay...— se quejó débilmente.—¿Qué le duele? — preguntó Raimo.
- —Para no perder tiempo, le diré lo que no me duele.
  Raimo sonrió.
- —También a mí me duelen algunas cosas, perocreo que ambos hemos salido bien librados. Pudo haber sido mucho peor.
- Alinelo miró, con gesto de preocupación.
- —¿Qué cree usted que puede haber pasado, Raimo?—No lo sé Una tormenta cósmica, tal vez. Esperemos que la estructura de la astronave haya resistido bien y no tengamos que lamentar averías importantes.
- —¿Y los pasajeros...?—Todo el mundo habrá rodado por los suelos, como nosotros y los que no hayan podido agarrarse a algún sitio, deben haberlo pasado muy mal. Temo que haya docenas de huesos fracturados. Y hasta es posible que algunas víctimas...
- AlineCoghlan se estremeció.
- —Confiemos en que no...—Pronto lo sabremos. Venga conmigo, Aline— dijo Raimo Glans.—¿Vamos a salir del camarote?—Es el único modo de averiguar lo que ha pasado y de conocer los daños que el accidente ha ocasionado.—Tengo un poco de miedo, Raimo...
- —Deme la mano.Alineobedeció.
- Raimo se la oprimió cariñosamente, para infundirle ánimo.Luego, la llevó hacia la puerta.Abrió.En el corredor no se veía a nadie.Raimo y Alinesalieron del camarote.Él dijo:
- —O todos están inconscientes, a causa de los golpes recibidos en las sacudidas o somos los más valientes.—¿Sospecha que nadie se atreve a abandonar su camarote? — susurró la joven.—Esoparece.—Es lógico que tengan miedo. Y me reconforta saber que no soy la única.

- — Miremos en los camarotes — dijo Raimo y probó a abrir la puerta del que estaba a la izquierda del de Aline, que era el número setenta y siete.Como no estaba cerrada con llave, la puerta cedió con suavidad.Raimo y Alinepenetraron en el camarote, cuya luz permanecía encendida.Estaba ocupado por dos personas.Un hombre y una mujer.El, de unos treinta y dos años; ella, de unos veintisiete.Yacían los dos en el suelo.Completamente desnudos.El accidente, sin duda, les había sorprendido en la cama, como a la mayoría de los pasajeros y miembros de la tripulación, teniendo en cuenta lo hora que era.El hombre tenía la boca entreabierta y por la comisura derecha le resbalaba un hilo de sangre.Como, además, la posición de su cabeza era grotesca, anormal, Raimo adivinó que el tipo se había fracturado el cuello mientras rodaba por el piso del camarote.Seapresuróa comprobarlo.En efecto.El hombre estaba muerto.Raimo se lo hizo saber a Aline.Sin palabras.Con un gesto harto significativo.La joven, muy pálida, musitó:
- —¿Y la chica...?
- Raimo se acercó a la mujer, rubia, de rostro bastante atractivo y formas muy estimables y le tocó el cuello, alegrándose al percibir los latidos de su arteria carótida.
- —Sólo está sinsentido — informó. Alinerespiró hondo.—Menos mal...
- Raimo la tomó en brazos, con sumo cuidado y la depositó sobre la cama, cubriendo su cuerpo desnudo con la sábana.Mientras tanto, Alinerecogió del suelo una bata corta, muy vistosa, que dedujo sería de la chica y la extendió sobre el cuerpo sin vida del hombre, cubriéndolo desde la mitad del pecho a las rodillas.Raimo la miró y dijo:
- —Siento tener que dejar sola a la chica, pero debemos ayudar a los demás.
- —Sí.— musitó Aline.—Vamos — indicó Raimo, tomando nuevamente de la mano a la joven.
- Raimo Glans fue el primero en cruzar la puerta del camarote.Bueno, ésa al menos era su intención.Pero no llegó a hacerlo, porque descubrió algo que le heló la sangre en las venas.¡En el extremo del corredor habían surgido unos seresespantosos!

- CAPITULOIII
- Aunque sólo fue un instante, porque Raimo Glans tuvo la suficiente serenidad como para retirarse en seguida de la puerta y cerrar ésta, antes de ser descubierto, la horrorosa imagen quedó tan grabada en sus retinas que parecía que seguía viendo a los escalofriantes seres.Eran seis.Muyaltos.Alrededor de los dos metros de estatura.Delgados.Un par de antenas en la cabeza.Orejas grandes y puntiagudas.Ojos redondos muy salidos, de párpados caídos, que parecían mirar sin ver.Nariz aplastada, semejante a la de un gorila.Boca enorme, como de sapo.Brazos y piernas de batracio.Piel grisácea, gruesa y cubierta de rugosidades...Su única, vestimenta era una especie de tosco slip, que parecía confeccionado con escamas, plateadas y brillantes y un ancho cinto, del mismo material, del que pendían algunos extraños objetos.Raimo Glans no llegó a ver cómo caminaban aquellos monstruosos seres, pero, por la forma de sus piernas, dedujo que sería a saltos, como las ranas y los sapos, aunque, a diferencia de estos animales anfibios, ellos podían mantenerse perfectamente erguidos.Por la expresión de Raimo Glans, AlineCoghlan adivinó que algo horrible sucedía.—

- —Tiene los ojos espantados, Raimo—observó.—No es para menos, se lo aseguro — repuso él, con extraña voz.—¿Qué ha visto, Raimo?
- —Media docena de seres alucinantes.
  Alinesintió que le flaqueaban las rodillas.—¿Ha dicho seres aluci...? — balbució, con voz estrangulada.
- Raimo asintió con la cabeza y explicó:
- —No fue una tormenta cósmica, Aline. La ATLANTIC fue atacada por seres extraterrestres y éstos han pasado a nuestra astronave.
- La joven se tambaleó.
- —Creoquevoy adesmayarme,Raimo...—Si lo hace, abusaré de usted. Y lo haré a lo vikingo, que quiere decir a lo bestia.
- Las sorprendentes palabras de Raimo Glans tuvieron la virtud de cortar en seco el mareo que había empezado a sentir AlineCoghlan.
- —Y decía usted que era de fiar... — rezongó ella.
  Raimo sonrió ligeramente.
- —Lo de abusar de usted en plan salvaje lo dije para evitar que se desplomara.—¿De veras?—La necesito, Aline. Como usted me necesita a mí.—Parece una declaración de amor del siglo pasado.—Pero no lo es.—Ya sé que no.—Lo que trato de decirle

es que hemos de luchar contra esos horribles seres.—No sé si tendré valor suficiente, Raimo.—Una chica que da bofetadas que valen por media docena, no puede ser cobarde.

- AlineCoghlan se mordió el labio inferior.
- —Siento haberle pegado, Raimo.—No tiene importancia.—Lo de la muela floja no era cierto, ¿verdad?—Claro que no — sonrió Raimo —. Lo dije para ver si eso la ablandaba un poco y desistía de contárselo todo al comandante
- —Creo que no lo hubiera hecho.—Seguro que no. Tiene usted cara de ángel y los ángeles son muy comprensivos.—Déjese de galanterías y dígame lo que hay que hacer, Raimo.—En primer lugar, ocultarnos. Tenemos que evitar que esos horrorosos seres nos encuentren.—¿Ydóndepodemosocultarnos?—En el armario de la ropa. Creo que ahí estaremos seguros.—¿Cómo sabe que los extraterrestres no mirarán en el armario?—Antes de llegar a éste, habrán revisado muchos otros camarotes y ya sabrán que sólo hay una o dos personas en cada uno de ellos. Cuando entren aquí y encuentren al tipo y a la chica, pasarán al siguiente camarote, convencidos de que no hay nadie más.—El hombre está muerto, pero la chica...—Alinemiró a la desvanecida rubia.—Esperemos que también a ella la tomen por muerta y no le hagan nada.—¿Por qué no la escondemos, Raimo?—Si lo hacemos, corremos el riesgo de que nos descubran a nosotros antes que a ella, Aline.—Comprendo.—De todos modos, lo intentaremos — decidió Raimo—. También a mí me duele dejarla a merced de esos monstruosos seres.
- Alinese lo agradeció con una sonrisa.
- —Eres un tipo estupendo, Raimo.—Desde que nací, lo que pasa es que tú no acababas de darte cuenta.—Hombre, después de lo que me hiciste...—Porque pensaba que eras Gabriella Simmons, no lo olvides.—Cuando me apretujabas el trasero, ya sabías que no era Gabriella.
- Raimo carraspeó:
- —No perdamos más tiempo, Aline. Esos seres no tardarán en aparecer.—Sí, hay que darse prisa.
- Raimo se acercó a la cama, retiró la sábana y tomó nuevamente en brazos a la chica rubia, que seguía sin conocimiento.La llevó rápidamente al cuarto de baño, la depositó en el interior de la bañera y corrió la cortina de plástico, saliendo seguidamente y cerrando la puerta.Luego, apartó la corta bata de mujer que Alineextendiera sobre el cadáver del hombre, dejándola tirada en el suelo.
- —¿Por qué haces eso? — preguntó Aline.—Si los extraterrestres encontrasen cubierto el cuerpo del hombre, es posible que

sospechasen que alguien se había ocupado de echarle la bata encima — explicó Raimo—. Mejor que lo dejemos como lo encontramos.—Pero, es que no lleva nada...—¿Te escandaliza contemplar un hombre desnudo?—Pues, no estoy muy acostumbrada, la verdad...—Una chica estrecha, ¿eh?—Una chica porras — gruñó Aline.—Al armario, de prisa — rio Raimo, empujándola hacia allí.

- Pocos segundos después, los dos se hallaban ocultos en el armario de la ropa, cuya puerta había dejado Raimo Glans un centímetro abierta, para poder mirar por la grieta.
- —Cuando yo te toque con mi mano, contén la respiración — indicó Raimo.—¿Porcuántotiempo? — preguntóAline.—Hasta que yo te vuelva a tocar.—Muchos toques son ésos.—Hemos quedado en que soy un tipo estupendo, ¿no?—Sí, pero un poco sinvergüenza.
- Raimo iba a replicar, pero en aquel momento ocurrió algo sorprendente.La puerta del camarote se tornó roja, brillante y se llenó de una luz cegadora.Raimo adivinó lo que sucedía.¡La puerta se estaba desintegrando!¡Y eso sólo podía ser cosa de los extraterrestres!¡Ya estaban allí...!Raimo Glans movió la mano izquierda y tocó a AlineCoghlan.Lo hizo sin apartar el ojo de la grieta.No podía, pues, haber mala intención en su acción.Tocó algo redondo y duro, pero no se detuvo a pensar en qué podía ser, pues bastante tenía él con mirar la puerta del camarote, que se hallaba en plena desintegración.Alinereprimió un gruñido, al sentir la mano de Raimo sobre su seno derecho.«Ya sabía yo que no me iba a tocar en el hombro», pensó, mientras dejaba ya de respirar.Raimo contuvo también su aliento.La puerta del camarote se acabó de desintegrar.Raimo pudo ver a dos de aquellos horripilantes seres.Ambos esgrimían en sus diestras sendos objetos que tenían forma de herradura, con un grosor de unos cuatro centímetros.Eran de color verdoso y tenían un orificio en cada uno de los extremos.Estaba claro que se trataba de un extraño tipo de arma, capaz de desintegrarlo todo.Los dos seres penetraron en el camarote, pero no dando saltos, como esperaba Raimo, sino caminando como los seres terrestres, es decir, moviendo primero una pierna y luego la otra.Raimo Glans pudo contemplarlos ahora con mayor detenimiento.No pudo evitar que se le erizara la piel, porque asi, vistos de cerca, eran mucho más espeluznantes, todavía.Raimo observó que tenían sólo cuatro dedos en manos y pies, unidos por unas delgadas membranas y que las antenas que tenían en la cabeza, delgadas, de unos quince centímetros de longitud, vibraban constantemente, como si tuvieran electricidad.Uno de los seres

extrajo uno de los extraños objetos que llevaba en su cinto.Era plano, de forma rectangular y en su extremo tenía un pequeño disco de color rojo, que sobresalía ligeramente.El ser apuntó con su objeto al terrestre muerto.Súbitamente, el pequeño disco rojo emitió un delgado rayo de luz anaranjada, muy suave, que se posó y se mantuvo sobre el desnudo tórax del hombre sin vida.Al mismo tiempo, el extraño objeto emitía un suave zumbido metálico, intermitente.Aquello duró unos diez segundos.El cadáver del terrestre no sufrió alteración alguna.El ser de otro mundo manipuló de nuevo su aparato y el pequeño disco rojo dejó de emitir aquella luz anaranjada, cesando también el suave e intermitente zumbido metálicoA Raimo Glans le pareció que, con aquel raro aparatito, los extraterrestres no habían hecho más que comprobar que el ser terrestre estaba muerto.Sí.Eso precisamente querían saber, si el terrestre tenía vida o no.Y, como ya sabían que no la tenía, el otro alienígena le apuntó con su arma y la hizo funcionar.Del extremo superior del objeto que tenía forma de herradura, brotó un grueso rayo rojizo que fue a golpear en el pecho del terrestre muerto.A éste le sucedió lo que a la puerta del camarote.Primero, se tornó rojo, brillante y se llenó de una luz cegadora.Luego, poco a poco, fue desintegrándose, hasta desaparecer por completo.No quedó ni rastro de él.Raimo Glans quedó profundamente impresionado, pues no era lo mismo ver desaparecer una puerta que un ser humano, aunque éste fuese ya cadáver.Siguió contemplando a la pareja de horrendos seres por la grieta.Con la respiración contenida y los músculos en tensión.¿Qué harían ahora?¿Se marcharían?¿Registrarían el camarote?Raimo se convenció pronto de que los seres iban a hacer esto último, pues el mismo que había desintegrado el cadáver del terrestre envió otro rayo rojizo sobre la cama y la hizo desaparecer, también.Por lo visto, les era más cómodo eso que agacharse y mirar debajo de ella para ver si había alguien.Cuando comprobaron que no había nadie, el mismo ser se volvió hacia el cuarto de baño y disparó nuevamente su poderosa arma.La puerta del cuarto de baño, para desesperación de Raimo Glans, comenzó a desintegrarse

- CAPITULOIV
- Inevitablemente, la pareja de extraterrestres descubrirían a la mujer rubia que Raimo Glans ocultara en la bañera, tan pronto como la puerta acabase de desintegrarse, porque la cortina de plástico no sería un obstáculo para ello.¿Qué pasaría, entonces? Era lo que se preguntaba Raimo, con las mandíbulas rabiosamente apretadas.Sentía deseos de salir del armario y arrojarse sobre los alienígenas, pero no lo hizo.Era mejor esperar.Desde luego, si veía que aquellos seres de algún lejano planeta tenían intención de causar algún daño a la chica rubia, intervendría.Pronto saldría de dudas, pues la puerta del cuarto de baño ya se había desintegrado totalmente.Raimo vio que uno de los alienígenas, el que comprobara que el compañero de la mujer rubia estaba muerto, penetraba en el cuarto de baño y retiraba la cortina de plástico, descubriendo a la chica.Ella debía seguir inconsciente, porque no gritó ni se movió.El extraterrestre hizo lo mismo con la chica rubia que poco antes hiciera con el hombre muerto, es decir, apuntarla con aquel extraño objeto rectangular que tenía un pequeño disco rojo en su extremo.No tardó en surgir el delgado rayo de luz anaranjada, acompañado del zumbido metálico.Zumbido que, esta vez, sonó más agudamente y con intermitenciasmás breves.Esto, sin duda, era debido a que el aparato detectaba vida en el cuerpo de la mujer terrestre.El ser manipuló el ingenio electrónico y éste dejó de emitir el rayo de luz y el zumbido metálico.El extraterrestre devolvió el aparato a su cinto y extrajo otro objeto, cilindrico, de color amarillento, de unos doce centímetros de largo y tres de grosor, que también tenía un orificio en su extremo, como sus peligrosas armas.Apuntó con él a la mujer terrestre y lo accionó.El objetó emitió un rayo de luz azulada, que fue a dar justo sobre la frente de la chica.Esta se despertó al instante.Lo lógico hubiera sido que la chica se pusiese a chillar histéricamente, al descubrir al espantoso ser, pero, sorprendentemente, no fue así.Su rostro no denotó ningún terror.Ninguna emoción.La chica parecía como hipnotizada por los efectos de la luz azulada que recibía en su frente.El alienígena dejó de enviarle aquella extraña luz.Entonces, la mujer terrestre se irguió lentamente y salió de la bañera.Caminando como un autómata, abandonó el cuarto de baño.Raimo Glans la vio salir.Erguida.Serena.Desnuda...La chica fue hacia la puerta del camarote.Raimo comprendió rápidamente que la voluntad de la mujer había sido anulada por aquellos horribles seres.Por eso no gritaba ni se rebelaba.Tenía

los ojos abiertos, pero estaba como dormida.Seguro que ella no sabía lo que le estaba sucediendo.Raimo dudó entre intervenir o no.La chica, por el momento, no había sufrido ningún daño, pero, ¿qué sería de ella más tarde?¿Adónde le habrían ordenado ir aquellos seres?¿A su nave, tal vez?Sí, lo más probable.Por eso los seres averiguaban primero quién estaba muerto y quién seguía con vida.A los que la habían perdido en las terribles sacudidas que sufriera la ATLANTIC, provocadas por ellos en su ataque, los desintegraban, mientras que a los que sólo estaban heridos o simplemente desvanecidos, los hipnotizaban con aquellos objetos cilíndricos de color amarillento que emitían una luz azulada y les ordenaban trasladarse a su nave, donde, lógicamente, serian encerrados en algún lugar.Esta reflexión hizo que Raimo Glans optara por seguir oculto enel armario.Si se enfrentaba ahora a los dos alienígenas, sus posibilidades de éxito serían escasas, ya que no disponían de arma alguna, mientras que ellos...Era más sensato esperar y actuar cuando tuviese más garantías de lograr su propósito.Suponiendo que los extraterrestres no los descubriesen a él y a AlineCoghlan, claro.Si les daba por desintegrar también la puerta del armario, para ver qué había dentro...Afortunadamente, no fue así.Los alienígenas habían hallado dos seres terrestres en aquel camarote y pensaron que no había más, así que lo abandonaron sin mirar en el armario.Raimo respiró profundamente y tocó con su mano a Aline, para que ella respirara a gusto, también.En esta ocasión, tampoco le tocó el hombro, sino lo mismo de antes.Alineestuvo a punto de arrearle un codazo, pero temió que los extraterrestres les oyesen y se frenó.Raimo, en tono muy bajo, dijo:

- —Ya se han ido, Aline.—¿Qué ha pasado, Raimo? — susurró ella —. ¿Han descubierto a la chica rubia?—Desgraciadamente, sí.—¿Le han hecho algo. ?
- —Nada, pero se la han llevado.—Dios mío... — se estremeció Aline.—Me hubiera gustado impedirlo, pero creo que podremos hacer más por ella y por los demás si esperamos el momento más oportuno para... ¡Gabriella!—exclamó de pronto Raimo, respingando.—¿Por qué te acuerdas ahora de ella?
- —¡Acaba de pasar por el corredor!

Era cierto.

- La pelirroja Grabiella Simmons había pasado por delante del camarote en cuyo armario Raimo y Alinese escondían.Caminaba despacio, tan erguida y tan serena como la mujer rubia.
- Ytan desnuda como ella, también...
- Un instante después, pasaba un hombre de unos cuarenta

años, bajo y grueso, en pijama.Segundos más tarde, una mujer que andaría por las treinta primaveras, morena, de estilizada figura, luciendo un corto camisón rosa, semitransparente.Luego, un joven de unos veinticinco años, pelirrojo, delgado, que se cubría sólo con el slip...Todos caminaban como robots.

- Yen la misma dirección.

Repentinamente, Raimo Glans tuvo una idea.

- —¡Ya sé cómo vamos a salir de aquí sin que los extraterrestres hagan nada por impedirlo, Aline ! ¡Aunque nos vean!—¿Cómo, Raimo?—¡Fingiremos que también nosotros nos hallamos bajo su voluntad!—¿Bajo su voluntad...?—Oh, perdona. Olvidaba que tú no has visto lo que ha pasado. Te lo explicaré en pocas palabras.
- Raimo le refirió a Alinelo que él había presenciado a través de la grieta del armario, desde la desintegración de la puerta del camarote hasta que la mujer rubia, anulada su voluntad por uno de los extraterrestres, salió del camarote, seguida de éstos.Luego, le habló de Grabiella Simmons, del cuarentón bajo y grueso, de la mujer morena de estilizada figura, del joven pelirrojo...— Saldremos del camarote caminando como la chica rubia, Gabriella y los otros y los alienígenas que nos vean pensarán que también estamos bajo los efectos de esa luz azulada que anula la voluntad de los seres que la reciben en su frente — explicó Raimo—. Eso nos permitirá...
- —Tu plan no dará resultado, Raimo —le interrumpió Aline.—¿Por qué?—Porque yo, en cuanto vea con mis propios ojos a uno de esos escalofriantes seres, no podré dominar el terror y me pondré a chillar como una loca, lo sé.—Nolos mires.—No podré evitarlo.
- —Aline, tenemos que intentarlo...

La joven dio un suspiro.

- —De acuerdo, lucharé con todas mis fuerzas por controlar mi pánico. Pero no te garantizo nada.—Quítate la bata, rápido —indicó Raimo, despojándose ya de la suya.—¿Por qué? —preguntó Aline.—Así daremos la impresión de que cuando los extra-terrestres atacaron la ATLANTIC, nos hallábamos en la cama, como todos.
- — Pero, es que mi camisón...
- —No pienses ahora en eso, Aline. La chica rubia salió desnuda de aquí y Gabriella tampoco llevaba nada encima. Y te apuesto a que encontramos algunos pasajeros más así, en cueros vivos.
- Alineno puso más objeciones y se quitó la bata.Raimo abrió la puerta del armario, silenciosamente y él y Alinesaltaron de su

escondite y corrieron hacia la puerta, quedando pegados a la pared.Raimo asomó ligeramente la cabeza.Los pasajeros hipnotizados seguían caminando como autómatas por el corredor, donde también había algunos de aquellos horribles seres.Raimo vio que ninguno de éstos miraba en aquel momento hacia el camarote donde él y Alinese ocultaban.Sin dudarlo un segundo, indicó:— ¡Ahora Aline!Salieron los dos del camarote y empezaron a caminar como los demás pasajeros.Erguidos.Serenos.Los brazos colgando a lo largo del cuerpo...

- CAPITULOV
- AlineCoghlan iba delante.Un metro más atrás, Raimo Glans.De este modo, Raimo sabría si Alineera capaz de resistir el horror que causaban aquellos seres venidos de un planeta lejano.Por el momento, parecía que así era.Alinecaminaba con rigidez, como los demás pasajeros cuya voluntad había sido anulada por los extra-terrestres, pero a la vez caminaba con seguridad.Y es que la joven estaba procurando seguir el consejo de Raimo: no mirar a los alienígenas.Raimo sí los miraba.Quería saber si los tomaban por dos terrestres más sin voluntad» o alguno de ellos sospechaba la verdad.Parecía que no, que ninguno sospechaba nada.Aliney Raimo siguieron caminando con paso lento por el corredor.Las puertas de todos los camarotes que habían sido ya revisados por los extraterrestres, habían desaparecido.Desintegradas.Los pasajeros hipnotizados, al llegar al final del corredor, torcían a la derecha.Allí había un elevador.También una escalera, de semicaracol.
- Los pasajeros ascendían por ella.
- Al pie de la misma, había dos alienígenas, esgrimiendo sus temibles armas.Raimo Glans se dijo que era el momento de entrar en acción.Los seres le creían sin voluntad y, por tanto, no se esperaban su ataque.Este tenía que ser fulminante, para evitar que los alienígenas dieran la alarma y acudiesen algunos de sus compañeros.Si lo conseguía, nadie se enteraría del ataque, pues en aquel lugar nadie les vería pelear.Raimo no lo dudó más.Cuando estuvo cerca de los seres, le propinó un terrible golpe con el filo de la mano a uno de ellos, en el pecho.El extra terrestre emitió un extraño sonido gutural, ronco, profundo, como si le saliera de lo más hondo y cayó al suelo, soltando aquel objeto en forma de herradura que podía desintegrar cualquier cosa.Una fracción de segundo después de que el duro filo de la mano de Raimo se estrellara con tremenda fuerza sobre la caja torácica del ser, el joven se revolvía como una centella y hundía su puño en el estómago del otro alienígena.Este se encogió en el acto, dejando escapar uno de aquellos roncos y profundos sonidos guturales.También dejó escapar otra cosa, mucho más importante: su arma.Raimo, antes de apoderarse de ella, entrelazó sus manos y así, a modo de porra, las descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza del extraterrestre.Fue un terrorífico hachazo, capaz de atontar a un caballo y el ser cayó de bruces.Raimo, actuando siempre con vertiginosa rapidez, porque sabía que de ello dependía el éxito o el fracaso de su ataque, se apoderó del arma del alienígena que

recibiera el hachazo y se volvió hacia el otro, quien, bastante recuperado del golpe recibido en el pecho, ya se disponía a saltar sobre él.Raimo no sabía cómo se disparaba aquel extraño tipo de arma, pero dedujo que debía ser presionandoalgo que debía tener donde la herradura formaba su curva.Y eso hizo, presionar allí, al tiempo que apuntaba al extraterrestre.De uno de los orificios que el objeto tenía en su extremo, brotó el grueso rayo rojizo de efectos desintegradores.Pero, al mismo tiempo, del otro orificio brotó un rayo purpúreo.El arma, por lo visto, tenía dos utilidades.Raimo no pudo saber, por el momento, qué efectos causaba el rayo purpúreo, pues el otro, el rojizo, ya estaba cumpliendo su función.Sí.Raimo no había fallado el doble disparo y ambos rayos habían alcanzado de lleno al alienígena.Este se tornó rojo, brillante y se llenó de aquella luz cegadora que ya conocía Raimo.El joven no esperó a ver cómo se desintegraba el extraterrestre, pues no olvidaba que tras él tenía otro.Se revolvió con la misma centelleante rapidez de antes.Menos mal, porque aquellos seres debían poseer una gran fortaleza física y el alienígena golpeado en el estómago y en la cabeza, ya se había recuperado y se preparaba para atacarle.Raimo le apuntó con la poderosa arma y volvió a presionar en su parte curvada, como antes.De nuevo volvieron a brotar los dos rayos, el rojizo y el purpúreo, alcanzando ambos al extraterrestre.El horroroso ser empezó a desintegrarse, como su compañero.En sólo unos segundos, de ninguno de los dos quedó nirastro.Raimo Glans miró a AlineCoghlan.Era la única que se había detenido, al producirse el ataque de Raimo a los alienígenas.Los demás pasajeros habían seguido en movimiento, como si aquello no tuviera nada que ver con ellos.— Raimo... — musitó Aline, impresionada por la forma tan fulgurante en que el joven se había deshecho de la pareja de extraterrestres.Raimo, sin contestar, se agachó y recogió el arma del primer alienígena que derribara.Las estudió las dos rápidamente, descubriendo que tenían un par de pequeños resortes en la parte interior de su curva, equivalentes a un par de gatillos.Como, además, uno de los resortes era de color rojo, y el otro, purpúreo, Raimo ya no tuvo ninguna duda de cuál de ellos había que apretar para que brotara el rayo rojizo, el de efectos desintegradores.Le entregó una de las armas a Aline, diciendo:

- —Guárdate esto, Aline. Si nos vemos en apuros, apunta con él a los extraterrestres y presiona este resorte, el de color rojo. Los alienígenas desaparecerán como el humo.—¿Y dónde me lo guardo...?—Debajo del brazo, como yo — indicó Raimo,

colocándose su arma en la axila izquierda, donde quedó perfectamente oculta.

- Alinetrató de hacer lo mismo, pero, lógicamente, ella tenía el brazo mucho más delgado, y el arma sobresalía, bien por un lado bien por el otro.
- —Se ve, Raimo...
- Este se la quitó de allí, le alzó el camisoncito, tiró del elástico de la braguita de encaje, y se la colocó dentro, soltando seguidamente el elástico.
- —Ahí no se ve — dijo, con una leve, pero socarrona sonrisa.—¿Cómo te has atrevido a...? —repuso Aline, que había enrojecido de golpe.—Vamos, camina — indicó Raimo, empujándola hacia escalera.—Eres un sinvergüenza, Raimo — masculló ella.—Era el único sitio donde se podía ocultar el arma.—Habérmelo dicho y yo me la hubiera puesto ahí.—Lo hice para ganar tiempo.—Y, de paso, vistazo.—Fue todo tanrápido que no pude ver nada. Y
- guarda silencio por favor, que arriba debe haber más extraterrestres y pueden oírnos.Efectivamente.Arriba había otros dos alienígenas, vigilando a los terrestres que surgían por la escalera.Unos veinte metros más allá, había otro par de extraterrestres.Junto a la puerta principal de la astronave.Una puerta que ahora estaba abierta y a la que había sido acoplado un túnel mecánico.Por él se introducían los pasajeros de la ATLANTIC.Raimo adivino que aquel túnel conducía a la nave de los extraterrestres.Consciente de que si lo cruzaban, estarían irremisiblemente perdidos, Raimo decidió actuar de nuevo.Ahora el riesgo sería mayor, porque tenía que enfrentarse a cuatro de aquellos seres.Pero ahora disponía de un arma muy poderosa y antes no.Y Alinedisponía de otra.Si la fortuna les acompañaba, conseguirían eliminarlos a los cuatro y luego...Raimo Glans esperó a hallarse a unos diez metros de los dos alienígenas que vigilaban la entrada del túnel mecánico.Entonces, se llevó velozmente la mano a la axila, cogió adecuadamente el arma que ocultaba allí y disparó contra los dos seres.Estos, pillados por sorpresa, no acertaron a reaccionar a tiempo, pese a que ambos esgrimían sus armas y resultaron alcanzados por los rayos desintegradores.Mientras sus cuerpos se tornaban rojos, brillantes, y se llenaban de aquella luz que dañaba la vista, Raimo se giró en un quinto de segundo y disparó nuevamente su arma.Los dos alienígenas que vigilaban la salida de la escalera de semicaracol resultaron alcanzados también por los rayos rojizos y el rápido proceso de desintegración se inició.Como no había más extraterrestres a la

vista, Raimo tomó de la mano a Aline— su acción había sido tan relampagueante que la joven ni siquiera había extraído el arma que ocultaba bajo el pantaloncito — y tiró de ella.

- —¡Corramos, Aline!
- Pero, desgraciadamente, no pudieron ir muy lejos.Desde la nave extraterrestre, y por medio de una pantalla de televisión en la que aparecía la entrada del túnel que permanecía acoplado herméticamente a la ATLANTIC, los alienígenas habían presenciado la centelleante acción de Raimo Glans y la alarma ya había sido dada.Media docena de aquellos seres surgieron por el túnel, dando unos saltos gigantescos.Raimo y Alinelos descubrieron inmediatamente.La joven, presa del pánico, chilló:
- —¡Vienenpornosotros, Raimo!

Este escupió una maldición.

- No podrían hacerles frente. Eran demasiados.Y el factor sorpresa no contaba ahora. Tiró nuevamente de la mano de la aterrorizada muchacha.
- —¡Sigue corriendo, Aline ! ¡Tenemos que ocultarnos!Lo intentaron, sí.
- Pero no lo consiguieron.Los alienígenas que les perseguían los tuvieron, gracias a sus poderosos saltos, muy pronto al alcance de sus armas, que se apresuraron a utilizar.Raimo Glans resultó alcanzado en la espalda por uno de aquellos rayos purpúreos cuyos efectos él desconocía.También AlineCoghlan resultó alcanzada.Por suerte para ellos, los rayos purpúreos no desintegraban a los seres que los recibían, sino que sólo los dejaban inconscientes.Raimo y Alinecayeron al suelo, donde quedaron inmóviles, sin conocimiento.

• CAPITULOVI

• Raimo Glans abrió los ojos.Muy lentamente, porque parecía que los párpados se negaban a obedecerle.Y es que una extraña sensación de debilidad se había apoderado de todo su cuerpo.Eran, sin duda, los efectos del rayo purpúreo que recibiera en la espalda y que le hizo caer al suelo, sin sentido.Todavía los acusaba su organismo.No obstante, Raimo tuvo fuerzas suficientes para erguir el torso y quedar sentado en el suelo.Miró a su alrededor.Se encontró en una enorme jaula de metal muy brillante.Era de forma circular y tendría de diez a doce metros de diámetro, por casi tres de altura.Allí se hallaban encerrados todos los pasajeros de la ATLANTIC cuya voluntad había sido anulada por aquellos malditos seres de piel grisácea y miembros de batracio.También había algunos miembros de la tripulación.Varios de ellos, uniformados.Otros, en pijama, camisón, simplemente un slip o sencillamentedesnudos...Obviamente, los que vestían de uniforme eran los que se hallaban de servicio cuando la astronave fue atacada. A los otros, el ataque les había sorprendido en sus respectivos camarotes, descansando.Pero todos absolutamente, pasajeros y miembros de la tripulación, seguían bajo los efectos de la luz azulada que emitían aquellos extraños objetos cilindricos de color amarillento.No había más que mirarlos, para convencerse de ello.Permanecían todos de pie, erguidos, inmóviles, sin pestañear, la mirada como perdida, los brazos colgando a lo largo del cuerpo...La única que estaba tendida en el suelo, boca arriba, con los ojos cerrados, era AlineCoghlan.Se hallaba muy cerca de Raimo.A menos de un metro.Lo primero que hizo Raimo, después de arrastrarse hacia ella, fue levantarle el camisón.No necesitó hacer lo mismo con el pantaloncito de encaje para comprobar que el arma que él pusiera allí, continuaba bajo la delicada prenda íntima, sobre la región pubiana.La braguita abultaba lo suficiente para saber que el objeto seguía oculto allí.Raimo respiró hondo, porque disponer de un arma tan poderosa era muy importante para poder escapar de aquella gigantesca jaula.Bajó el camisón de Alinee intentó despertar a la muchacha, palmeándole las mejillas y moviéndole los hombros.

• —¡Aline ! — la llamó, aunque sin alzar demasiado lavoz—. ¡Despierta, Aline !

• Tuvo que llamarla varias veces más y repetir las palmadas en las mejillas y los zarandeos pero, finalmente, logró que la joven volviera en sí.

- —Raimo...—pronunció quedamente ella, apenas despegar los párpados.
- Raimo le sonrió suavemente.
- —Hola, preciosa. ¿Cómo te sientes?—Como si acabara de tener un hijo.—Yo también.—Los hombres no tienen hijos.—Ya lo sé.
- —Quédébilmesiento, Raimo...—Mi debilidad también es grande, aunque, poco a poco, noto que voy recuperando las fuerzas.—¿Qué pasó?—Los extraterrestres nos cazaron, cuando tratábamos de huir. Nos dispararon con algo que nos hizo perder el conocimiento instantáneamente. Los rayos purpúreos, seguramente.—¿Dónde estamos, Raimo?—Encerrados en una jaula metálica, junto a todos los demás.—¿En la nave extraterrestre...? —se aterrorizó Aline.—Sí.
- —¡Dios mío!
  Raimo le acarició el cabello.
- —No desesperes, Aline. Por fortuna, los alienígenas no descubrieron el arma que yo te puse dentro del pan-taloncito.
- La joven dio un respingo.Rápidamente se llevó la mano allí y palpó el objeto por encima del fino erfcaje.
- —¡Es cierto! — exclamó.—Fue lo primero que miré — sonrió Raimo. Alinefrunció el ceño.—¿Con permiso de quién? Raimo carraspeó:—Mujer,dadaslascircunstancias...
- —Ni circunstancias ni porras. No debiste levantarme el pantaloncito, hallándome yo inconsciente.—Espera un momento. Yo sólo te levanté el camisón, no la braguita. El arma abulta lo suficiente como para saber que sigue ahí, sin necesidad de mirar debajo.—¿Y hasta dónde me levantaste el camisón?—Aline, por favor...—Te conozco, Raimo, y sé que te gusta mucho tocar.—¿Crees que era momento para pensar en eso?—Desde luego que no. Pero tampoco lo era en el armario del camarote de la mujer rubia y su compañero, y por dos veces me tocaste un pecho.
- —Túsabías queibaatocarte.—Pero no ahí—Alargué la mano sin mirar.—No te hace falta, sabes demasiado bien dónde se encuentran las cosas que te interesan.—Basta ya, Aline. Es ridículo que les des importancia a esas cosas, cuando estamos en poder de seres extraterrestres y no sabemos la suerte que nos espera.
- La joven comprendió que Raimo tenía razón y se calló.Raimo preguntó:
- —¿Sientes que vuelven tus fuerzas. Aline ?—Sí, poco a poco.—¿Podrássostenerte en pie?—Creo que sí.—Te ayudaré a levantarte. Se irguieron los dos.

- Alineobservó a los demás pasajeros y a los miembros de la tripulación.
- —¿Siguensinvoluntad,Raimo?—Sí.—¿Y cuándo crees que...?—No lo sé—¿Y si intentáramos volverlos a la realidad?—Es una buena idea. Empezaremos por Gabriella Simmons. Es aquella de allí — Raimo la señaló con el dedo —. Vamos.
- Se acercaron los dos a la apetecible pelirroja, que así, sin nada encima, estaba mucho más apetecible, lógicamente.Aline, tras dar una ojeada a los rotundos pechos de Gabriella, a sus formidables caderas y a sus largos muslos, tersos y macizos, murmuró:
- —Posee un cuerpo prodigioso, tengo que reconocerlo.—El tuyo es más perfecto — opinó Raimo.—No te molestes, no estoy celosa.—Claro que no. ¿Por qué ibas a estarlo?—¿Qué te parece si le quitamos la chaqueta del pijama a ese tipo grueso, y se la ponemos a Gabriella?
- Si vuelve a la realidad y se ve así, como vino al mundo....
- —Excelente idea, Aline— aprobó Raimo y se apresuró a despojar de su chaqueta al tipo grueso.
- Este siguió quieto como un robot.
- —Gracias, caballero — le sonrió Raimo, y volvió junto a Gabriella Simmons.
- Le puso rápidamente la chaqueta del gordo.Le sentaba fatal, como es lógico, pero al menos le cubría los senos y el sexo, que era de lo que se trataba.La pelirroja, que se había dejado poner sumisamente la chaqueta del pijama, continuó rígida como un autómata, los párpados quietos, la mirada extraviada...Raimo puso su cara delante de la de Gabriella, a menos de un palmo y procuró que sus ojos y los de ella se encontraran.. Lo consiguió, pero eso no produjo ningún efecto en la pelirroja.Raimo la tomó por los hombros y la sacudió ligeramente.
- —Gabriella..Vuelveenti,Gabriella.Habla,dialgo...
- Durante casi tres minutos, Raimo le habló y la zarandeó, pero sin ningún resultado positivo.Gabriella Simmons siguió pareciendo un robot.No reaccionaba al tacto, ni al sonido, ni a nada.Raimo exhaló un suspiro y la soltó.

- Es inútil, Aline. Ninguna de estas personas volverá a la realidad mientras los extraterrestres no lo quieran así.
- Es triste no poder hacer nada por ellos, Raimo — suspiró también la joven.

- —Bueno, algo sí podemos hacer.—¿Qué?
- —Acabar con la involuntaria desnudez que ofrecen algunos de ellos, colocándoles prendas de otros. Como hemos hecho con

Gabriella.—Sí, Raimo, hagámoslo.

- Les llevó unos veinte minutos la tarea, pero, cuando terminaron, ninguna de las personas encerradas en la jaula estaba desnuda.Completamente desnuda, al menos.
- —Ya están todos, ¿verdad, Raimo?—Sí, creo que sí — respondió el joven —. Ahora, vamos a contarlos.—¿Contarlos...?¿Paraqué?—Para saber cuántos perecieron en las sacudidas que sufrió la ATLANTIC durante el ataque de los extraterrestres.—Entiendo.
- Hacer el recuento les llevó también algunos minutos.
- —Yo he contado ochenta y siete, incluyéndonos a nosotros dos — dijo Raimo, al concluir—. ¿Y tú, Aline...?—Ochenta y siete, también — respondió la muchacha.—A bordo de la ATLANTIC viajábamos ciento veinte personas, incluyendo a la tripulación. Faltan, pues, treinta y tres...
- Alinesintió un escalofrío.
- —Treinta y tres personas muertas...—musitó.—Son muchas, sí — dijo gravemente Raimo—. Y lo más terrible de todo es que no creo que esas treinta y tres personas perecieran a causa de los golpes sufridos en las sacudidas que dio la astronave.
- Alinelo miró.
- —¿No, Raimo...?—Observa a las ochenta y cinco personas que están con nosotros, Aline. Ninguna de ellas tiene fracturado un brazo o una pierna. Todos están bien, salvo algunos golpes de poca importancia. ¿No lo encuentras extraño?—Pues, ahora que lo dices, sí que es raro que ninguno de ellos...—¿Sabes lo que pienso, Aline ? Que los alienígenas desintegraron no sólo a los terrestres que perecieron a causa de los golpes recibidos, sino también a los que sufrieron fracturas y lesiones importantes.
- El escalofrío que sintió Alinefue mucho más profundo que el anterior.
- —¡Eso sería monstruoso, Raimo!
- —Todavía queda una esperanza: que los heridos se hallen en otro lugar de la nave, y allí estén siendo atendidos por los extraterrestres.—Me parece una esperanza muy remota, Raimo.—A mí también, lo confieso. Pero...
- Raimo Glans se interrumpió, porque acababa de descubrir que, en una de las paredes de aquella enorme sala en cuyo centro se hallaba la jaula metálica, se estaba abriendo una puerta.

- CAPITULOVII
- AlineCoghlan también se dio cuenta de ello y no pudo reprimir un gritito de terror.
- —¡Raimo! — pronunció, con voz ahogada, al tiempo que agarraba el brazo de él.—Tranquila, Aline.—¿Quieres el arma? —No, todavía no.Esperemos aver qué pasa.—Si la necesitas, no pierdas el tiempo pidiéndomela, cógela tú mismo — autorizó la joven.
- —Lo haré — sonrió levemente Raimo.
- Guardaron silencio los dos y permanecieron atentosa la puerta que se abría.
- Segundos después, dos de aquellos horribles seres penetraban en la gran sala, esgrimiendo sus temibles armas de rayos desintegradores y de los otros, los que sólo privaban del conocimiento.Pero no venían solos.Tras ellos apareció una hermosa mujer de cabello rubio platino, largo, sedoso y brillante.. Raimo y Alinese quedaron estupefactos, porque lo que menos esperaban encontrar en aquella nave extra-terrestre, era una mujer exactamente igual a las de la Tierra.La belleza, de unos veinticinco años de edad, permanecía recostada sobre una especie de canapé, que portaban cuatro alienígenas.Luego, entraron en la sala otros dos extraterrestres, con sus armas prestas a ser utilizadas.Entonces,la puertase cerrósilenciosamente.La cautivadora mujer de cabello rubio platino hizo un gesto a los alienígenas que la transportaban y éstos depositaron el canapé en el suelo, con sumo cuidado.La beldad posó sus menudos pies, desnudos, en el suelo y se incorporó.Su vestimenta consistía en una sencilla túnica de color azul celeste, larga hasta los pies, tan ligera, que apenas velaba sus formas de mujer.Unas formas realmente turbadoras, que Raimo Glans se apresuró a recorrer con la mirada.Valía la pena, porque, bajo la túnica, sólo había una exigua prenda, que se limitaba a cubrir el pubis y el sexo de la mujer.Pechos, caderas, piernas...Todo era excepcional.La mujer, que lucía unos preciosos brazaletes dorados, muy brillantes, así como también una hermosa diadema sobre su cabeza y dos aros, muy parecidos a los brazaletes, en los tobillos, se acercó a la jaula metálica, caminando con elegancia.Se detuvo frente a Raimo y Aline, a los cuales escrutó largamente.Sus pupilas, color violeta, parecieron despedir un leve centelleo cuando se posaron en el ancho y bien musculado tórax de Raimo, que éste exhibía desnudo.Después, su mirada ascendió lentamente hasta posarse en el rostro de él, y tras sonreír de un modo sencillamente

maravilloso, que dejó al descubierto sus dientes, blanquísimos, dijo:

- —Eres fuerte y apuesto, Raimo...
- Raimo Glans abrió la boca como un idiota. También AlineCoghlan. ¡La mujer hablaba un inglés perfecto! Ella explicó:
- —No os sorprenda que hable vuestra lengua, porque soy tan terrestre como vosotros.
- Esto acentuó la perplejidad de Raimo y Aline.¡Terrestre!¡La mujer era terrestre!¿Qué diablos, entonces, hacía en una nave extraterrestre, rodeada de seres tan espantosos?
- —Si cerráis la boca, os lo contaré todo — dijo la belleza.
- Raimo y Alineobedecieron. La mujer explicó:
- —Me llamo Andrea Dwayne y nací al sur del continente americano, en el antiguo estado de Florida. Yo formaba parte de la tripulación de la DELFOS-VII, unaastronave que partió de la Tierra hace algo más detres meses, en viaje de exploración espacial. La DELFOS-VII, muy lejos ya del Sistema Solar, fue atacadapor una nave extraterrestre, aunque, en principio, nadiesospechó que se tratara de un ataque. Todos pensamosque se trataba de una tormenta cósmica, pues la astronave daba unas sacudidas terribles, que ocasionaronla muerte de cinco miembros de la tripulación y causaron fracturas y lesiones graves a otros nueve. Todoslos demás, perdimos el conocimiento.
- La mujer hizo una breve pausa y continuó:
- —Cuando recuperé la noción de la realidad, me encontré encerrada ahí, en esa gran jaula, junto a losmiembros de la tripulación que no habían perecido, oresultado seriamente lastimados, en el ataque de la nave extraterrestre.Éramos dieciséis personas, en total. Los cuerpos de los otros catorce miembros de latripulación, muertos o solamente lastimados, habían sidodesintegrados por las poderosas armas de losextraterrestres, según supimos después.
- Raimo Glans y AlineCoghlan sintieron sendos estremecimientos, pues las palabras de Andrea Dwayne confirmaban los temores que ambos sentían: las treinta y tres personas que faltaban en la jaula habían sido desintegradas por los alienígenas, muertas o solamente heridas durante el ataque a la ATLANTIC.Andrea Dwayne explicó:
- —Los habitantes de Glaxo, que así se llama el planeta de estos seres tan feos, sólo capturan a los hombres y mujeres de otros planetas que resultan ilesosde sus ataques, pues son

destinados a la esclavitud, ylos que no se encuentran en perfectas condiciones físicas, no sirven. De ahí que eliminen a los heridos.

- —Eso es una monstruosidad — dijo roncamente Raimo, los puños crispados.—Sí, no lo discuto — asintió Andrea Dwayne—. Pero nadie puede evitarlo.—Tú no tienes aspecto de esclava, Andrea... —observó Raimo, mirándolaotra vez de arriba abajo.
- Ella rio.
- —Claro que no, Raimo. Por una extraña circunstancia, que luego os explicaré, los seres de Glaxo menombraron su reina y como tal me tratan.
- —¿Reina...? — repitióAlineCoghlan,perpleja. Andrea asintió con la cabeza.—Así es, Aline.
- —¿Cómo sabes nuestros nombres? — preguntó Raimo, extrañado—En mis aposentos tengo una pantalla de televisión. A través de ella os vi y os oí hablar.
- Raimo y Alinecambiaron una mirada llena de preocupación.Si Andrea Dwayne les había oído hablar, sabría que ella — Aline— ocultaba un arma extraterrestre en su pantaloncito...Sin embargo, Andrea no dijo nada sobre ello y prosiguió :
- —Los seres de Glaxo tenían una diosa llamadaSwala, a la que adoraban y ofrecían sacrificios. Unossacrificios horribles, pues sacrificaban seres humanosde los que ellos capturaban con sus naves. Algunos demis compañeros murieron así. Yo presencié su espantoso fin. La primera vez me desmayé, pues era monstruoso lo que hacían con los cuerpos de las víctimas,antes de que éstas expirasen.
- Raimo y Alinevolvieron a estremecerse. Andrea Dwayne siguió hablando:
- —Una noche me tocó el turno a mí. Creí volvermeloca de horror cuando vi que dos de los habitantesde Glaxo me agarraban de los brazos y me llevaban,prácticamente a rastras, hasta el altar de la diosa Swala. Allí me dejaron completamente desnuda, me tendieron de espaldas sobre la mesa de sacrificios y me sujetaron las manos y los pies a ella. Yo chillaba, lloraba, gemía y suplicaba desesperadamente, aunque sabía que nada ni nadie podría evitarme aquel espantoso tormento Pero me equivoqué. Justo en el instante en que uno de los seres iba a causarme la primera herida en el cuerpo, para hacer brotar mi sangre, se escuchó un trueno ensordecedor y un rayo cayó del cielo, alcanzando a la diosa Swala, cuya estatua estalló en mil pedazos. Fue el principio de una violenta tormenta, muy corrientes en Glaxo, pero para los habitantes del planeta fue

algo más que eso y no tomaron como un hecho casual el que un rayo cayera sobre la imagen de su diosa y la pulverizase, sino como una señal del cielo. Una señal que les indicaba que yo era más poderosa que la diosa Swala, puesto que no había permitido que me sacrificasen a ella. Lo que sucedió después, es fácil de imaginar. Me soltaron inmediatamente y se postraron todos ante mí. Yo no entendía nada, pero me alegraba de haberme librado del martirio, así que no me opuse a que me nombraran su reina, mientras yo viviese y su diosa, cuando muriese.

- Raimo y Alineestaban de nuevo boquiabiertos.
- —Sí, amigos — prosiguió Andrea Dwayne —. Cuandoyo muera, los habitantes de Glaxo me harán una estatua, me pondrán en el altar y me adorarán, como antesadoraron a la diosa Swala. Son así de estúpidos, qué levamos a hacer...
- Raimo miró a los ocho extraterrestres. Andrea sonrió
- —No temas, Raimo. Estos idiotas no entienden ni jota de lo que decimos.—¿Seguro? — murmuró Aline.—Sí, no os preocupéis.
- Raimo Glans volvió a mirar a Andrea Dwayne.
- —¿Qué va a pasar con nosotros, Andrea?—Seréis llevados a Glaxo, donde trabajaréis como esclavos, como el resto de los seres de otros planetas que fueron capturados anteriormente.
- —¿Y tú vas a permitirlo?—Nada puedo hacer por impedirlo.—¿Cómo que no? Eres la reina de estos monstruosos seres, su futura diosa...—Sí.
- —Harán cualquier cosa que tú les ordenes.Andrea Dwayne movió la cabeza negativamente.
- —Te equivocas, Raimo. Lo único que he conseguido con mi nombramiento, aparte de salvar mi vida y dejar de ser esclava, es que no se celebren más sacrificios. Y no porque yo lo haya pedido, sino porque todavía no me he muerto. De lo demás, nada. Vivo rodeada de lujos y placeres, eso es cierto; pero no pinto nada en Glaxo, soy un cero a la izquierda. El que corta el bacalao y perdonad por la vulgaridad de la expresión, es Lunk, jefe supremo de la milicia glaxiana. Él es quien realmente dirige los destinos de Glaxo. Lo hacía antes de mi nombramiento y lo sigue haciendo ahora.—¿Se encuentra a bordo? — preguntó Raimo.—No, él nunca abandona Glaxo.—¿Y tú sí?—Es la primera vez que lo hago. Pero no me fue fácil convencer a Lunk, no creas. El no quería que saliese del planeta. Finalmente logré que accediera.
- Raimo entrecerró los ojos.
- —Me parece que tú tienes algo en mente, Andrea... La hermosa rubia sonrió extrañamente.—Lo tengo, Raimo.—¿Podemos saber

qué es?

- —No quiero ser reina de los horribles habitantesde Glaxo, sino regresar a la Tierra. Y, para ello, cuentocon vosotros.
- Raimo y Alinese miraron. Andrea Dwayne añadió:
- —Sé que no será fácil eliminar a los seres de Glaxoque viajan a bordo y apoderarse de la nave, porqueson muchos y todos van armados. Pero, con mi ayuda,es posible que lo logréis. De todos modos, vale la penaarriesgarse. En Glaxo, ya os lo he dicho, os espera laesclavitud a todos. Bueno, hay una excepción. A ti, Raimo, no te espera la esclavitud, sino la muerte, por haber desintegrado a seis glaxianos, nada menos. Y no será una muerte dulce y rápida, puedo garantizártelo...
- Raimo Glans no tuvo necesidad de meditar su respuesta.
- —Estoy dispuesto a intentarlo, Andrea. No importaque sea peligroso.
- Andrea Dwayne miró a AlineCoghlan.
- —¿Tú también, Aline ?—Por supuesto — respondió la joven —. No quiero ser esclava de nadie y menos, de unos seres tan escalofriantes y tan malvados como los glaxianos.—Bien. Os daré instrucciones cuando llegue el momento. Hasta entonces, no causéis ningún problema. Y me estoy refiriendo al arma glaxiana que Raimo ocultó en tu pantaloncito, Aline— Andrea bajó la mirada hasta la breve prenda íntima, que abultaba visiblemente.
- Raimo y Alinevolvieron a mirarse. Andrea rogó:
- —No la utilices, Raimo, pase lo que pase. La necesitaremos para poner en práctica mi plan.—Descuida, olvidaremos que la tenemos — prometió Raimo.—Muy bien.—Una pregunta, Andrea. ¿Cuándo volverá a la normalidad toda esta gente? —Raimo miró al grupo de estáticos terrestres.—Los efectos de la luz azulada duran un par de horas. No tardarán en volver a la realidad. Y, para evitar que algunos de ellos se desmayen de terror, me llevaré a los ocho glaxianos que me acompañan. Infórmales tú de todo lo sucedido, Raimo, y de la suerte que les aguarda en Glaxo, si no logramos apoderarnos de la nave y poner rumbo a la Tierra.

- Lo haré, no te preocupes.
- Hasta pronto, amigos — les sonrió a los dos Andrea Dwayne y dio media vuelta.

- Raimo la observó, llegando en seguida a la conclusión de que también por detrás estaba de lo más apetecible.Y es que por allí no había nada que cubriese nada.Sólo la túnica.Pero la túnica no cubría, apenas velaba...Alinesintió deseos de hundir su codo

en el hígado de Raimo, para que pensara en otras cosas, pero se contuvo.Andrea Dwayne se recostó nuevamente en el canapé, hizo una leve indicación a los glaxianos y cuatro de éstos cargaron inmediatamente con el canapé, llevándolo hacia la puerta, que ya había empezado a abrirse.Segundos después, los ocho habitantes de Glaxo y su reina, la hermosa Andrea, abandonaban la enorme sala, cuya puerta volvió a cerrarse automáticamente.

- CAPITULOVIII
- Apenas cerrarse totalmente la puerta, Raimo Glans abrazó a AlineCoghlan y le dio un soberano beso en los labios.La joven, pillada por sorpresa, no hizo nada por impedirlo.Cuando ya estaba pensando en interrumpir aquella inesperada efusión amorosa, que tan agradable le parecía, Raimo separó su boca de la de ella y la miró, sonriente.
- —Estoy contento, Aline.—Se nota.—¿Tú no?—¿Por qué iba a estarlo, porque me has besado?—Bueno, podría ser un motivo, sí… Pero no lo decía por eso, sino porque con la ayuda de Andrea Dwayne es posible que salgamos bien librados de esto.—No me apretujes, haz el favor.—¿Te disgusta hallarte en mis brazos?—Más bien me asusta.—¿Por qué?—Tu cuerpo está muy pegado al mío y eso es peligroso.—¿Qué puede pasar?—Que, con la presión, se dispare el arma que oculto en mi pantaloncito y te desintegre a ti lo que tienes de hombre y a mí lo que tengo de mujer.
- Raimo dio un respingo y se apartó rápidamente.
- —Diablos, nohabía pensado en eso… — murmuró,bajando la mirada hasta la braguita de encaje, que se transparentaba bajo el camisón.
- Como no era lo único que se transparentaba. Raimo subió la mirada hasta el busto femenino, descubriendo que las puntas de los senos, seguramente a causa del reciente abrazo y del beso, habían reaccionado y empujaban el suave tejido del camisón.Aline, dándose cuenta de lo que ocurría, se apresuró a cruzar los brazos sobre su pecho.
- —Se acabó la ración de vista — gruñó.—Una pena, porque tienes unos senos preciosos — sonrió Raimo.—¿Y qué me dices de los de Andrea? Se los mordías con los ojos.—¡Chist!, que te puede oír.—Que me oiga, no me importa. Además, supongo que ella ya se daría cuenta que te quedaste lelo cuando se levantó del canapé y se lo viste todo a través de la transparente túnica.—Bueno, tanto como lelo… — carraspeó Raimo.—Sí, señor; lelo del todo. Y también se te fueron los ojos cuando ella nos dio la espalda y mostró su erguido trasero. Si hasta me pareció que sacabas una mano por entre los barrotes, con ganas de pellizcar…—No digas tonterías. Yo ya he corrido lo mío, ¿sabes?—¡Seguro! Pero no te cansas.—Claro que no. Pero he aprendido a controlarme y no me pongo a saltar como un chimpancé cuando veo una mujer desnuda. En esta jaula había varias así, y ya viste que…—¡Mira, Raimo!—exclamó de pronto Aline —. ¡Están empezando a moverse!

- Raimo se volvió en el acto. ¡Era cierto!¡Algunas de las personas allí encerradas estaban volviendo a la realidad! ¡Movían la cabeza, los brazos, las piernas...! Casualmente, todas las personas que salían de losefectos de la luz azulada eran miembros de la tripulación, uniformados.Bueno, no era casualidad.Eran los primeros en volver a la normalidad porque también fueron los primeros en recibir el rayo de luz azulada en su frente, ya que, cuando los seres de Glaxo abordaron la ATLANTIC, donde primero acudieron fue a la espaciosa cabina de mandos.Se trataba, concretamente, de tres hombres y dos mujeres, con una de las cuales había trabado amistad Raimo hacía dos noches.Bueno, algo más que amistad, había trabado, porque pasaron la noche juntos, en el camarote de él, y durmieron muy poco.El gesto de los cinco tripulantes, al verse encerrados en una gran jaula metálica, junto a un numeroso grupo de personas en pijama, camisón, o un simple slip, era de absoluto estupor y ninguno de ellos acertaba a hablar.Raimo tomó de la mano a Aline.
- —¡Vamos con ellos! — indicó, tirando de ella.
- La chica de la tripulación con la que Raimo hiciera un par de veces el amor dos noches antes, una morenita de origen italiano, que lo único que tenía pequeño era el rostro, lo descubrió y musitó:
- —Raimo...—¿Cómo te sientes, Ornella? — preguntó el joven, ya junto a ella y los otros cuatro miembros de la tripulación.—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? ¿Por qué...?—Os lo explicaré cuando todos hayáis vuelto a la normalidad — la interrumpió Raimo, acariciándole la mejilla.
- Uno de los hombres, el más robusto de los tres, que aparentaba unos treinta y ocho años, dijo:
- —Soy Yanko Bratanov, comandante de la ATLANTIC.—Yo soy Raimo Glans, y esta joven se llama Aline— repusoRaimo.
- —¿Quién nos ha metido en esta enorme jaula, señor Glans?—Los extraterrestres que atacaron la ATLANTIC, comandante.
- Los cinco miembros de la tripulación acusaron visiblemente la revelación de Raimo; especialmente, las dos mujeres.
- —¿Ha dicho extraterrestres...? — exclamó Yanko Bratanov.—Sí, comandante. Las violentas sacudidas que sufrió la ATLANTIC no fueron causadas por una tormenta cósmica, como supongo pensarían todos ustedes, sino por el ataque de una nave alienígena. Se lo contaré con detalle cuando todos hayan vuelto a la realidad, pues a todos les conviene saber lo que ha pasado... y lo que nos puede pasar, todavía.
- Algunos minutos después, todas las personas que se hallaban

encerradas en la jaula metálica habían vuelto a la normalidad.Raimo Glans refirió entonces lo sucedido, sin acentuar el dramatismo, pero sin ocultar tampoco la cruda realidad de los hechos.Como ya se temía, sus palabras sembraron el pánico entre los pasajeros supervivientes, así como en los doce miembros de la tripulación que seguían con vida.Raimo se apresuró a hablarles de Andrea Dwayne, la hermosa mujer terrestre que había sido nombrada reina por los glaxianos y que iba a ayudarles a apoderarse de la nave extraterrestre.Esto abrió un rayo de esperanza entre los ochenta y cinco terrestres presos, aunque todos intuían que aquello iba a entrañar un gran riesgo.Sin embargo, ni uno solo de ellos se negó a intentarlo, conscientes de la clase de vida que les esperaba en Glaxo, si no lograban apoderarse de la nave alienígena y poner rumbo a la Tierra.La mujer rubia que Raimo y Alineencontraran desvanecida, en el camarote contiguo al de ésta, se acercó a ellos, con una suave sonrisa.

- —Quiero agradecerles lo que hicieron por mí. Raimo.
- —Lamento que no sirviera de nada — repuso él.—Me llamo Galina y el hombre que estaba conmigo era un amigo.—Siento lo que le pasó a su amigo, Galina.—Y yo — dijo Aline.—Gracias. Y gracias, también por haber cubierto mi total desnudez con esta chaqueta de pijama.
- —No tiene importancia — sonrió Raimo.

Otra mujer se acercó a Raimo y Aline.

- Se trataba de la pelirroja Gabriella Simmons, que también cubría su desnudez con una chaqueta de pijama, la del tipo grueso.
- —¿Puedo hablar contigo un minuto, Raimo? — dijo, con el gesto un tanto agrio.—Desde luego — respondió el joven.—Con tu permiso, guapa — le dijo Gabriella a Aline, sin la menor simpatía y cogió del brazo a Raimo, llevándoselo hacia los barrotes de la jaula.
- Raimo, que se veía venir el temporal, se preparó para capearlo y para ello nada mejor que empezar por exhibir su mejor sonrisa.
- —Tú dirás, Gabriella.—No tengo ganas de decir, sino de dar — mascullό ella—. ¿Y sabes qué?—Un par de bofetadas.
- —Exacto. ¿Y sabes a quién? —A mí.—Volviste a acertar.
- —Comprendo que estés enfadada, pero te aseguro que...—¿Qué tiene esa Alineque no tenga yo?—Nada; absolutamente nada.—¿Por qué, entonces, acudiste a su camarote en vez de acudir al mío?—Me equivoqué.—¿Cómo que te equivocaste?—¿Qué camarote ocupabas tú?

- —El sesenta y seis. Raimo compuso una mueca.—Ahí está el fallo.
- —¿Qué fallo?—Yo entendí el setenta y seis y en ése me introduje. -¿Y...?
-
- —Bueno, el camarote estaba en penumbra, Alinedormía en su cama y yo...—No me digas que no te diste cuenta de que no era yo.—Pues, no. Hasta que Alineno se despertó y encendió la luz... —La despertaron tus caricias, ¿verdad?—Sí.—Increíble—¿Qué es lo que te parece increíble?—Que no descubrieras, por el tacto, que la mujer a la que toqueteabas no era yo. Tengo los pechos más grandes que Aline. Y las caderas. Y los muslos más...
- Raimo tosió.
- —Es que yo todavía no había tenido, ocasión de acariciarte a ti, compréndelo...—Excusas. La única verdad es que a ti te gustó Aliney como tú también le gustaste a ella, pues ¡hale!, a darle gusto al cuerpo.—No, no... —volvió a toser Raimo—. En cuanto Alineencendió la luz y me vio...—Te echó los brazos al cuello y no te dejó escapar. ¿Es eso lo que vas a decirme?—No. Lo que ella hizo, fue...—Corta tus explicaciones, no me interesan. Sólo quería decirte que a mí no me da plantón nadie. No sé si saldremos de esto, pero si lo conseguimos, a mí no vuelvas a proponerme pasar una noche juntos, porque te mandaré muy lejos.—Gabriella...
- Pero Gabriella no quiso seguir escuchando a Raimo y se alejó de él, realmente furiosa. Alinese acercó a Raimo.
- —¿Qué le pasa a Gabriella?— preguntó.—Le sentó como una purga que no acudiera a su camarote. Era el sesenta y seis.—¿No les has dicho que te confundiste?
- —Sí, pero no se lo creyó. Según ella, fue deliberado. Está celosa de ti, ¿sabes?—Cómo me halaga eso —sonrió Aline.
- Raimo iba a decirle que no le importaba demasiado el enfado de Gabriella, cuando la puerta de la gran sala empezó a abrirse de nuevo.Todos se dieron cuenta de ello y el pánico cundió otra vez.Pánico que se acentuó cuando seis de aquellos horripilantes seres penetraron en la sala.Se escucharon gritos de terror.Hubo, incluso, algún que otro desmayo entre las mujeres.Los seis extraterrestres se aproximaron a la puerta de la jaula.Dos de ellos portaban sendos látigos metálicos.Raimo Glans tuvo el desagradable presentimiento de que los glaxianos venían por él.Y, desgraciadamente, no se equivocó.

- CAPITULOIX
- Uno de los alienígenas que portaban aquellos extraños látigos metálicos extrajo un objeto de su cinto y lo manipuló.Al instante, la puerta de la jaula comenzó a abrirse.Los terrestres que se hallaban encerrados en ella retrocedieron, atemorizados.El glaxiano que había abierto la puerta con aquella especie de mando de control remoto ordenó a Raimo Glans, con un gesto tan claro como autoritario, que saliese de la jaula.
- —Sabía que venían por mí — rezongó el joven, lospuños apretados.
- AlineCoghlan, a su lado, lo cogió del brazo y suplicó:
- —No salgas, Raimo.—Si no salgo por las buenas, me sacarán por las malas, y será peor.—Si veo que te causan algún daño, sacaré el arma glaxiana y dispararé contra ellos.—Te lo prohíbo, Aline. No debes tocar ese arma, pase lo que pase. Recuerda lo que dijo Andrea Dwayne.—Pero...—Prométeme que no recurrirás a ella. Alinese mordió los labios nerviosamente.—Está bien, no la tocaré.
- Raimo le pellizcó cariñosamente la barbilla y caminó hacia la puerta de la jaula, saliendo de ésta.Elextraterrestrevolvióaaccionarelobjetoquetenía en la mano izquierda, y la puerta de la jaula se cerró.Raimo permaneció quieto junto a los barrotes, apuntado por las armas desintegradoras que esgrimían cuatro de los alienígenas.El glaxiano que lo había hecho salir de la jaula devolvió el mando de control remoto a su cinto.Seguidamente, él y el otro ser que portaba látigo metálico se acercaron al terrestre, uno por cada lado, moviendo sus látigos, sorprendentemente flexibles.Raimo Glans se preparó para la defensa.No estaba dispuesto a dejar que le azotasen.Opondría resistencia.Toda la que pudiera.Los alienígenas ya estaban muy próximos a él.Súbitamente, uno de ellos enarboló su látigo y trató de alcanzarle con él.Raimo pegó un salto y esquivó el látigo, cuyo extremo fue a enrollarse en los barrotes de la jaula.AlineCoghlan dio un grito, al ver que el látigo producía chispas al tomar contacto con los barrotes metálicos.¡Eran látigos eléctricos!¡No sólo golpeaban, sino que emitían una descarga de energía cuando entraban en contacto con alguna otra materia!¡Raimo sufriría horriblemente si resultaba alcanzado por ellos!¡Y podían causarle, incluso, la muerte!Raimo Glans también se había dado cuenta de los efectos que causaban aquellos singulares látigos y no pudo evitar que un ramalazo de frío le estremeciera el cuerpo.El otro

glaxiano le atacó.Raimo volvió a saltar ágilmente y burló el látigo, pero quedó en una posición muy desfavorable para esquivar el siguiente latigazo del primer alienígena que le atacara.Y, en efecto, no pudo.El látigo se enroscó en una de sus piernas.Raimo lanzó un bramido de dolor, al tiempo que todo su cuerpo temblaba, estremecido por la descarga de energía que recibía del látigo metálico.El otro extraterrestre aprovechó la ocasión para enroscarle su látigo en torno al cuello.Raimo lanzó otro bramido y cayó al suelo, donde se retorció con desesperación.Los glaxianos retiraron sus látigos del estremecido cuerpo del terrestre, pero con intención de atraparle de nuevo con ellos y seguir torturándole.AlineCoghlan, pese a que Raimo Glans le había hecho prometer que no recurriría al arma que ocultaba en su pantaloncito, movió la mano hacia ella.Raimo, todavía en el suelo, dolorido y debilitado, descubrió la acción de la muchacha y gritó:

- —¡No, Aline!
- Ella, que ya había introducido los dedos en su prenda íntima, y tocaba el arma, interrumpió su movimiento.

- ¡Te van a matar, Raimo! — chilló, desesperada.
- ¡No temas, esto es un simple castigo, por lo que hice! ¡Tienen que llevarme vivo a Glaxo, para...! ¡Aaaggg...! —rugió de nuevo el joven, nuevamente alcanzado por uno de los látigos.

- AlineCoghlan se estremeció como si fuera ella la que estuviese recibiendo las descargas de energía.
- —¡Raimo...!—volvió a chillar, sin decidirse a ex traer el arma y utilizarla.
- Él le pedía que no lo hiciera, pero era tan espantoso verle sufrir de aquel modo...Por fortuna — dentro de su infortunio, claro —, Raimo Glans perdió el conocimiento al recibir el cuarto latigazo eléctrico y aunque recibió otros dos más, ya no sintió sus terribles efectos.La pareja de glaxianos, al ver que el terrestre ya no se retorcía ni aullaba al recibir las dolorosas descargas de energía, suspendieron el castigo.Uno de ellos abrió la jaula, utilizando su mando deLuego,cargaron entre los dos con el cuerpo de Raimo Glans y lo arrojaron al interior de la jaula con terrible brusquedad, cerrando seguidamente la puerta.Segundos después, los seis extraterrestres abandonaban la enorme sala.

- CAPITULOX
- Cuando Raimo Glans recobró el conocimiento, se encontró tendido en el piso de la gran jaula metálica.Estaba siendo atendido por AlineCoghlan, en cuyo regazo descansaba su cabezaJunto a él, rodeándole, se hallaban Yanko Bratanov, comandante de la ATLANTIC, la italiana Ornella, la pelirroja Gabriella, la rubiaGalina...La inquietud se reflejaba en el rostro de todos ellos.Aline, en cuyos ojos se apreciaban las huellas de un llanto no muy lejano, le acarició tiernamente el rostro.
- —Raimo... — susurró.
- El joven forzó una sonrisa.
- —Hola, preciosa.—¿Cómo te sientes?—Como si acabara de tener trillizos.
- La respuesta de Raimo provocó la sonrisa de Aliney las demás personas que le rodeaban.El joven se miró el pecho y los brazos, extrañándose de no hallar señales de los látigos en ellos.
- —¿Soñé, acaso, que estaba siendo azotado con látigos eléctricos?—No, no lo soñó, Raimo — respondió el comandante Bratanov—. Lo que ocurre es que esos malditos látigos no necesitan abrir surcos sangrientos en la carne para causar dolor. Con las descargas de energía que sueltan, es más que suficientes. —¿Me lo dice o me lo cuenta, comandante? — repuso Raimo, componiendo una mueca.—Sí, usted sabe mejor que nadie lo que sufrió. Pero nosotros también sufrimos, viéndole retorcerse de dolor. Y sin poder hacer nada por ayudarle...—Ya les daremos su merecido a esos angelitos cuando llegue el momento, no se preocupe.—Yo sí hubiera podido hacer algo, Raimo —murmuró Aline.—Muy poco, Aline. Ellos eran seis. Hubieras podido desintegrar a uno, con suerte; tal vez a dos. Luego, los otros te hubieran reducido enviándote un rayo purpúreo y también tú hubieses probado los látigos eléctricos.—No me hubiera importado.
- —Eres una chica estupenda, Aline— le sonrió Raimo.La pelirroja Gabriella torció el gesto, al oír aquelloy se alejó unos metros.
- También la italiana Ornella parecía un poco celosa de Aline, pero ella continuó junto a Raimo. Este preguntó:
- —¿Cuánto tiempo he permanecido inconsciente?—Casi dos horas — respondió Aline.—Mucho tiempo.—Sí.—¿Ninguna novedad, mientras tanto?—No.—Bien, mejor así.
- —¿Qué vas a hacer? — preguntó Aline, al ver que Raimo levantaba la cabeza.—Tratar de incorporarme — respondió él, con otra mueca.—No lo intentes, estás muy débil.—Alinetiene

razón — intervino Yanko Bratanov —. Permanezca echado un buen rato, Raimo, y recupere las fuerzas perdidas.

- Raimo miró a Aline.
- —Creo que voy a hacerles caso, comandante.—Buen chico —sonrió Bratanov y se apartó unos metros, reuniéndose con los miembros de su tripulación
- Ornella le imitó.TambiénlarubiaGalinasedistanció, comocomprendiendo que Raimo y Alinedeseaban poder hablar con un poco más de intimidad. Raimo movió la cabeza.
- —¿Qué haces? — preguntó Aline.—Ponerme cómodo.—¿Más todavía? Raimo sonrió.
- —Tienes razón, se está muy bien con la cabeza apoyada en tu regazo. Y eso que el arma glaxiana molesta lo suyo. ¿No se disparará, y me desintegrará la oreja?—Esperemos que no —sonrió también la joven.—¿Sabes una cosa?—¿Qué?—Envidio al arma glaxiana.—¿Por ser tan poderosa?—Por estar donde está. —Eres un pícaro.—Y tú una chica preciosa.—Tú debes haber conocido muchas más bonitas que yo.—Ninguna me gustó tanto como tú, puedes creerme.—¿Qué te propones, conquistarme?—Si salimos con bien de esto, prometo intentarlo.—¿Y Gabriella...?—Al diablo Gabriella.—A ver si te oye...—Nadie puede oírnos, estamos hablando muy bajo.—Pero todos pueden vernos.—¿Por qué dices eso?—Tu cara está cada vez más cerca de mis senos.—Sólo trato de no tocar el arma glaxiana con mi cabeza. Ya sabes, para que no se dispare.—Siempre tienes una excusa a punto.—Anda, sé buena y deja que me quede aquí arriba, percibiendo este calorcillo tan agradable.—¿Prometes no morderme?—La tentación es grande, pero procuraré vencerla —respondió Raimo y apretó su mejilla contra el pecho izquierdo de Aline.
- Esta miró a su alrededor, algo nerviosa.Descubrió que Gabriella y Ornella estaban pendientes de ellos, con más o menos disimulo.Alineestuvo a punto de apartar la cara de Raimo de su busto, pero se lo pensó mejor e hizo todo lo contrario.Sí.Rodeó la cabeza de Raimo con su brazo derecho y la apretó más contra sus senos, mientras con los ojos parecía decir a Gabriella y Ornella: «¡Chincharos, monas, que ahora me toca disfrutar a mí!»Y disfrutó.¡Vaya si disfrutó!
- ***
- Había transcurrido una hora, aproximadamente, desde que Raimo Glans recobrara el conocimiento, cuando la puerta de la gran sala volvió a abrirse.Los ochenta y siete terrestres presos en la jaula contuvieron la respiración, mientras muchos de ellos sentían que se les erizaba la piel sólo de pensar que algunos de

aquellos monstruosos seres de Glaxo iban a hacer nuevamente su aparición.Fueron seis, otra vez, los que entraron en la sala.Raimo se sintió un poco mejor al comprobar que, en esta ocasión, ninguno de ellos portaba látigo eléctrico, lo que parecía descartar la posibilidad de que volviesen con intención de torturarle nuevamente.En efecto, no era ésa su intención.Habían vuelto porque Andrea Dwayne, su reina y futura diosa, había ordenado que el terrestre torturado — ella presenció el castigo a través de la pantalla de televisión que tenía instalada en sus aposentos — fuese llevado a su presencia.Uno de los glaxianos abrió la puerta de la jaula, con su mando de control remoto y ordenó a Raimo que saliese.Este, menos débil que antes, pudo levantarse y salirde la jaula, seguido por las angustiosas miradas de los demás terrestres, que temían por la suerte que pudiera correr el valeroso joven.Raimo fue sacado de la sala y conducido a los aposentos de Andrea Dwayne, apuntado en todo momento por las terribles armas glaxianas.La fascinante Andrea le esperaba recostada en aquella especie de canapé que ya conocía Raimo, ubicado en el centro de una lujosa habitación, adornada con extraños objetos, brillantes cortinajes, cómodos almohadones...A la derecha de la seductora reina terrestre, se hallaba la pantalla de televisión, que ahora estaba desconectada y no ofrecía imagen alguna.Andrea Dwayne hizo una indicación y los seis alienígenas que habían conducido a Raimo Glans a su presencia se retiraron, dejándolos solos en la exótica habitación.

- —Acércate, Raimo — rogo Andrea, con una turbadora sonrisa en sus bien dibujados labios.
- Raimo obedeció.
- —Siéntate a mi lado — invitó ella.
- Raimo se sentó en el canapé, blando y suave como el terciopelo.Andrea le tomó una mano. —. Siento mucho lo que ha pasado, Raimo.
- —¿Te refieres a los latigazos?—Sí.—Supongo que no pudiste hacer nada por evitarlo.—Absolutamente nada. Fue cosa de Blenk.—¿Quién es Blenk?—El comandante de esta nave. Es el brazo derecho de Lunk, que es quien...—Quien corta el bacalao en Glaxo, ya me lo dijiste.—Blenk decidió que debías recibir un castigo, por haber dado muerte a seis glaxianos y así lo ordenó, sin consultar conmigo, el muy cerdo.—Qué falta de respeto.—Soy un cero a la izquierda, ya te lo dije.
- —Una pena. Si tuvieses más autoridad, nos sería más fácil apoderarnos de la nave.—Mi plan no se basa en mi mayor o menor autoridad, sino en lo valiosa que soy para los glaxianos. —¿Por qué no me expones tu plan?—Es muy sencillo, Raimo. La

próxima vez que ordene traerte a mi presencia, traerás oculta el arma que guarda Alineen su pantaloncito. Cuando nos quedemos solos, como ahora, tu me apresarás y me apuntarás con el arma. Yo llamaré a los glaxianos. Cuando irrumpan en la habitación, les diré que tú estás dispuesto a desintegrarme si no sueltan inmediatamente a los terrestres que permanecen encerrados en la jaula y les proporcionan armas a todos.—¿Y crees que lo harán...?—¡Seguro! Si a mí me sucediese algo, Lunk los mataría a todos, cuando regresasen a Glaxo.—Si nos proporcionan armas a todos...—Será fácil apoderarse de la nave y eliminar a todos los glaxianos.—Una pregunta, Andrea.—¿Sí, Raimo?—¿Por qué no expusiste tu plan cuando viniste a vernos a la jaula? Si lo hubieras hecho, yo habría traído el arma, oculta en la axila y ya podríamos poner en práctica tu plan...—Lo pensé, no creas. Pero antes quería asegurarme de que los glaxianos te traerían a mi presencia cuando yo lo ordenase. Y de que nos dejarían solos. No las tenía todas conmigo, ¿sabes? Blenk es muy desconfiado.—Entiendo. ¿Cuándo ordenarás que me traigan de nuevo a tus aposentos?—Será conveniente esperar un par de días para que Blenk no sospeche nada.—¿Tanto?—Es necesario, Raimo. Si Blenk adivinase lo que estamos preparando...—De acuerdo, esperaremos dos dais.

- Andrea Dwayne soltó la mano de Raimo Glans y deslizó la suya por el brazo de él, hasta colocarla sobre su robusto hombro, el cual presionó suavemente.
- —¿Sigues sintiéndote débil, Raimo? — preguntó, conun significativo brillo en la mirada.
- Raimo posó la suya un instante en los altivos y desarrollados senos de Andrea, que parecían palpitar bajo la transparente túnica y respondió:
- —Estoy bastante recuperado, aunque disto mucho de hallarme en mi mejor forma.—Un beso sí podrás darme, ¿no? — sonrió maliciosamente ella.—Desde luego — asintió Raimo y acercó sus labios a los de la reina de los glaxianos, que le esperaban entreabiertos y brillantes.
- La besó, recreándose en la caricia.A Andrea le pareció muy bien que se recreara.Lo que ya no le pareció tan bien es que las manos de él no buscasen el cuerpo de ella, ávido de caricias.Por eso, ni corta ni perezosa, se llevó la mano al hombro izquierdo y soltó su túnica, que resbaló inmediatamente, dejándola desnuda hasta la cintura.Entonces, buscó la mano de Raimo y la guio hasta sus pechos, estremeciéndose dulcemente cuando los fuertes dedos masculinos oprimieron la carne, firme, tibia, suave...Como seguían con las bocas unidas, la ardiente Andrea

no tuvo más que dejarse caer hacia atrás para arrastrar consigo a Raimo, cuyo cuello rodeaba con el otro brazo.Raimo siguió acariciándole los senos, ahora con las dos manos, pellizcando con delicadeza sus rosados pezones, que se habían erguido al contacto de los dedos varoniles.Andrea, cuya excitación crecía por segundos, mordió los labios de él y apretó con más fuerza su cuello, al tiempo que separaba ligeramente las piernas, como invitando a Raimo a que la acariciase también allí.Raimo, que jamás rechazaba ese tipo de invitaciones, se apresuró a complacerla, eliminando la túnica y el triangulito de tejido que cubría su zona más íntima.Andrea tembló de placer cuando recibió las primeras caricias en lo más sensible de su ser y ese placer se multiplicaba instantes después, cuando Raimo, que estaba mucho más en forma de lo que él mismo se esperaba, la penetraba sabiamente y la trastornaba con rítmicos movimientos, hasta hacerla gritar de gozo.Menos mal que Raimo ahogó aquel grito con su boca, porque si lo oyen los glaxianos y se presentan en la habitación, les hacen la pascua a los dos.Afortunadamente, nadie se presentó y Raimo Glans y Andrea Dwayne pudieron acabar aquello como se debe acabar, gozando ambos plenamente con la culminación del acto.

- CAPITULOXI
- Totalmente relajada ya, Andrea Dwayne dijo:
- —Conque distabas mucho de hallarte en tu mejor forma, ¿eh? Pues, si llego a pillarte así, me matas de placer.
- Raimo Glans, tendido a su lado, sonrió y repuso:
- —No me gusta defraudar a nadie. Y, menos, a unamujer.
- —Estoy segura de que nunca lo haces — sonrió también ella, recorriendo con sus finos dedos los vigorososmúsculos pectorales de él.
- Raimo dijo:
- —Creo que es hora de volver a la jaula.—¿Por qué tanta prisa?—Deben estar todos muy preocupados por mí y quiero que sepan que no me ha pasado nada.—¿Nada... ? — repitió malévolamente Andrea.—Nada malo, quise decir.
- —¿Por qué no lo repetimos, Raimo?—Imposible.—Déjame comprobarlo — insistió la gata de Andrea, deslizando su mano hacia el vientre masculino.
- Raimo la frenó cuando ya sus dedos se introducían por debajo de la goma del pantalón del pijama.
- —Quieta, Andrea.—Estoy segura de...—Sí, es posible que reaccionara a tus caricias. Pero quiero volver a la jaula, ya te lo he dicho.—No hables como si fueras un oso.
- —No está mal el chisté — sonrió Raimo, incorporan do el torso.
- Andrea incorporó también el suyo, le rodeó el cuello con sus brazos y pegó sus rotundos senos al pecho masculino.
- —¿De veras no quieres quedarte unos minutos más. Raimo?—Sí quiero, pero no puedo ni debo, compréndelo.—¿Y si ordeno traerte a mi presencia dentro de un par de horas?—¿Para llevar a cabo tu plan?—No, para tenerte de nuevo en mis brazos.—Mejor que dejes transcurrir diez o doce.—No sé si podré resistir tanto.—Claro que podrás.—Llevaba mucho tiempo sin hacer el amor, Raimo.—Bueno, pues ya lo has hecho. Anda, suéltame, ponte la túnica y llama a los glaxianos.—Eres ion tirano.—Por favor, Andrea.—Está bien, me resignaré — suspiró ella —. Pero dame un beso, antes de irte.
- Raimo se lo dio, acariciando al mismo tiempo su espalda y sus caderas.No quise acariciarle más cosas, porque notó que ella se estremecía y temió que le tumbara en el canapé de un empujón y le saltara encima como una tigresa.Fue Raimo quien dio por concluido el beso.Si llega a esperar que ella retirase su boca, le crece la barba.

- —Ha sido un besito de nada — protestó Andrea, pese a que había sido un beso de mucho.—Vamos, vístete ya.
- Andrea obedeció, aunque de mala gana.Luego, llamó a los glaxianos.Aparecieron los seis de antes, a los pocos segundos.
- —Hasta pronto, Raimo.—Diez o doce horas, no lo olvides — recordó él.—Cuatro.—Ocho.
- —Seis.—De acuerdo, seis — suspiró Raimo.
- Andrea le sonrió sensualmente y ordenó a los glaxianos que devolviesen al terrestre a la jaula.Raimo se dejó conducir.Instantes después, penetraban en la gran sala.Apenas entrar en ella, Raimo se quedó parado.¡Miembros de la tripulación y pasajeros de la ATLANTIC volvían a estar rígidos, inmóviles, la mirada como perdida, los brazos colgando a lo largo del cuerpo!¡Volvían a parecer robots!Lo peor, con todo, no era eso, sino que faltaban algunos de ellos.¡AlineCoghlan no estaba en la jaula!¡Ni Gabriella Simmons!¡Ni Yanko Bratanov! ¡Tampoco la italiana Ornella!¡Ni la rubia Galina!¿Qué haba pasado en aquella sala, durante los minutos que él estuvo ausente?
- ***
- Lo que había pasado es que, tan sólo cinco minutos después de que Raimo Glans fue sacado de la gran sala, para ser conducido a los aposentos de Andrea Dwayne, otro grupo de glaxianos aparecía en ella, esgrimiendo aquellos extraños objetos cilindricos, de color amarillento, que emitían rayos de luz azulada y anulaban la voluntad de los seres que los reciban en su frente.Los alienígenas comenzaron a utilizar los malditos aparatitos y los aterrados terrestres empezaron a quedarse rígidos e inmóviles, sin voluntad.Cuando los ochenta y seis estuvieron así, uno de los extraterrestres abrió la puerta de la jaula y ordenó a diez de los prisioneros, por medio de ondas cerebrales, que saliesen de la jaula.AlineCoghlan fue la primera en recibir aquella ordenmental y abandonó la jaula, caminando como un autómata.Tras ella, desfilaron Gabriella Simmons, el comandante Bratanov, la italiana Ornella, la rubia Galina, y otras cinco personas, tres de ellas, hombres.El glaxiano cerró la puerta de la jaula y ordenó al grupo de terrestres, siempre por medio de ondas telepáticas, que le siguiesen.Salieron todos de la sala, alienígenas y terrestres.El glaxiano que abría la marcha condujo al grupo de terrestres a una estancia de forma alargada, en cuyo techo, más bajo que el de las otras estancias, había una hilera de duchas.Eran diez, exactamente.El glaxiano ordenó a los terrestres que se quitaran toda la ropa y la dejasen en el suelo, junto a la pared.Todos obedecieron, quedando totalmente

desnudos.Como era de esperar, cuando AlineCoghlan se bajó el pantaloncito, para sacárselo por los pies, el arma glaxiana que ocultaba en él cayó al suelo.No produjo ningún ruido, pues cayó sobre la ropa que ya se habían quitado los demás, y allí quedó, bajo las prendas que cayeron después, perfectamente oculta.Ninguno de los alienígenas, al parecer, se dio cuenta de ello.El glaxiano que enviaba ondas cerebrales a los terrestres, ordenó a éstos que se colocasen debajo de las duchas.Aliney los demás lo hicieron.Entonces, el glaxiano accionó una llave que había en la pared y de las duchas empezó a caer un líquido plateado, que cubrió rápidamente los cuerpos de los diez terrestres, desde el pelo a los dedos de los pies.Cuando el alienígena comprobó que ni un solo centímetro de piel terrestre estaba sin cubrir por el líquido plateado, cerró la llave y las duchas dejaron de funcionar.Seguidamente, el glaxiano abrió otra llave.En esta ocasión, las duchas dejaron caer agua, fresca y limpia.El alienígena ordenó a los terrestres que friccionaran vigorosamente sus cuerpos, hasta que desapareciese por completo la fina capa plateada que cubría sus anatomías.Aline, Gabriella, Galina, Ornella, Bratanov, y los otros cinco terrestres se frotaron el cuerpo con vigor.Instantes después, los cuerpos de todos volvían a estar limpios.El glaxiano les indicó que secasen sus cuerpos con las toallas que colgaban de la pared.Los terrestres lo hicieron así.Cuando todos ellos estuvieron secos, el extraterrestre los trasladó a la estancia contigua, donde habla, sobre una larga mesa, un montón de toscas túnicas, más bien cortas y otro montón de slips no menos toscos.El glaxiano les ordenó cubrir sus cuerpos con aquellas prendas, y los terrestres obedecieron.Entonces, el alienígena los sacó de allí y los condujo de nuevo a la sala, para devolverlos a la jaula.

- ***

- Los seis seres de Glaxo que devolvían a Raimo Glans a la jaula metálica, empujaron violentamente a éste cuando vieron que se quedaba parado.Raimo estuvo a punto de caer al suelo.Rabioso, más que por el empellón, por la desaparición de AlineCoghlan, Gabriella Simmons, Yanko Bratanov, Ornella, Galina, y algunos terrestres más, se revolvió como una fiera, dispuesto a lanzarse sobre los glaxianos.Sin embargo, no llegó a hacerlo.Eran seis y todos le apuntaban con aquellas temibles armas que tenían forma de herradura.Les sería sumamente sencillo dejarle sin conocimiento con un rayo purpúreo.O desintegrarlo, si decidían enviarle un rayo rojizo...No, no debía cometer aquella tontería.Tenía que seguir vivo y despierto, para averiguar qué había sido de Aliney los otros.Con los dientes

furiosamente apretados y los puños crispados, caminó hacia la jaula, pues sabía que eso era lo que querían los condenados glaxianos.Uno de éstos extrajo su mando de control remoto y abrió la puerta.Raimo se introdujo en la jaula.El extra terrestre cerró la puerta.Luego, los seis alienígenas abandonaron la sala.Raimo empezó a maldecir a viva voz.Como suponía que Andrea Dwayne le estaría observando, a través de la pantalla de televisión que tenía en sus aposentos, levantó los brazos y gritó:
— ¿Qué ha pasado aquí, Andrea? ¿Dónde están Aliney los otros terrestres que faltan? ¿Adónde se los han llevado? ¿Qué piensan hacer con ellos?Como ya se temía, no obtuvo respuesta alguna por parte de la reina de los glaxianos.Pero tampoco hizo falta, porque en aquel preciso instante, la puerta de la sala se abría y AlineCoghlan, Gabriella Simmons, Yanko Bratanov, Ornella, Galina y los otros cinco terrestres penetraban en ella, vigilados por un grupo de glaxianos.A Raimo no le extrañó en absoluto verlos caminar como robots, pues ya suponía que antes de sacarlos de la jaula los alienígenas los habían dejado sin voluntad, como los que continuaban en ella, pero sí le extrañó, muchísimo, verlos ataviados con aquellas toscas túnicas que les llegaban hasta la mitad del muslo.Le extrañó...y le preocupó.Recordaba que Alineocultaba el arma glaxiana en su pantaloncito sobre la región pubiana.¿La seguiría llevando allí...?Pronto lo sabría, porque la puerta de la jaula ya estaba siendo abierta por uno de los glaxianos.Los diez terrestres empezaron a entrar en ella.Sin enterarse de nada de lo que estaba sucediendo.Cuando todos estuvieron dentro, otros diez terrestres empezaron a desfilar hacia la puerta de la jaula.Raimo no hizo nada por impedirlo.Sabía que no podría.Los diez terrestres salieron de la jaula, cuya puerta fue cerrada nuevamente.Después, los glaxianos se llevaron al grupo de terrestres.Raimo supuso que se los llevaban para sustituir sus ropas por aquellas ásperas túnicas, como habían hecho con AlineCoghlan y los otros.Si sólo se trataba de eso...Raimo esperó a que la puerta de la sala se cerrase.Entonces, se acercó a Aline, que seguía rígida, sin voluntad, como todos los demás.Raimo se puso frente a ella y, disimuladamente, porque temía estar siendo observado por los glaxianos, le introdujo una mano por debajo de la tosca túnica y buscó su pantaloncito.Se quedó helado al descubrir que, en lugar de la fina braguita de encaje, Alinellevaba ahora un áspero slip y que, bajo éste, no estaba el arma glaxiana.Raimo cerró apretadamente los ojos.Al no disponer del arma, el plan de Andrea Dwane se venía abajo. ¿Con qué iba a amenazarla, para obligar a los glaxianos a que

soltasen a los prisioneros terrestres y les proporcionasen armas a todos?Raimo, desalentado, con el ánimo por los suelos, sacó su mano de debajo de la túnica.Lentamente, se volvió.Seguro de que Andrea Dwane les estaba observando, dijo:— Nuestro gozo en un pozo, Andrea. Alineya no tiene el arma glaxiana, se la han arrebatado… ¿Qué vamos a hacer ahora?

- CAPITULOXII
- La pregunta de Raimo Glans quedó flotando en el aire.El joven pensó que tal vez Andrea Dwayne podía verles y oírles, gracias a su pantalla de televisión, pero no hacerse oír desde sus aposentos y que quizá por eso no respondía a su pregunta de ahora, como tampoco respondiera a las de antes.Seguro que ella estaba tan desalentada como él, por la pérdida del arma glaxiana, que inutilizaba por completo su plan.¿O tal vez...? Raimo no pudo evitar un estremecimiento al pensar lo que estaba pensando.¿Sería posible que...?No, no parecía tener sentido¿O sí lo tenía?A partir de aquel instante, Raimo Glans no pudo dejar de pensar en ello.De darle vueltas al asunto.De cavilar...Algunos minutos después, el segundo grupo de terrestres estaba de vuelta, vistiendo todos aquellas toscas túnicas cortas y los no menos toscos slips, aunque éstos, lógicamente, no podía verlos Raimo.Los glaxianos se llevaron otros diez terrestres.Más tarde, diez más.
- Y diez más.Y diez más...
- Cuando ya sólo quedaban seis terrestres por experimentar el cambio de indumentaria, Raimo Glans pensó que en ese último grupo lo incluirían también a él.Pero no fue así.Los glaxianos se llevaron a los seis terrestres y dejaron a Raimo en la jaula.Esto acentuó las sospechas que el joven ya tenía.Bien.Por el momento, sólo cabía esperar.Ya trataría de averiguar la verdad de lo que estaba sucediendo, cuando se le presentara la oportunidad.Pocos minutos después, los seis terrestres eran devueltos a la jaula, luciendo ya las ásperas túnicas.Los alienígenas abandonaron la sala.Un rato después, los primeros terrestres empezaban a volver a la normalidad.Dado que todos ellos habían recibido los rayos azulados en sus frentes con muy poca diferencia de tiempo unos de otros, en muy pocos minutos volvieron todos a la realidad.Se miraban a sí mismos y miraban a los demás, como preguntándose quién les había puesto aquellas bastas túnicas.AlineCoghlan, a los pocos segundos de haber vuelto a la normalidad, se introdujo la mano debajo de la túnica y tocó su región pubiana.
- —Ya no está, Aline— oyó decir a Raimo Glans. La joven dio un respingo y se volvió en el acto.—¡Raimo! — exclamó y se arrojó en sus brazos. Raimo la estrechó cariñosamente contra su pecho. —Tranquilízate, estoy bien.—¿Adonde te llevaron los glaxianos?
- —A presencia de Andrea Dwayne. Ella quería exponerme su plan.—¿Y qué nos ha pasado a nosotros...?—Los glaxianos han sustituido vuestras ropas por estas túnicas.—Tú sigues en

pantalón de pijama...— observó Aline.—Sí.

- —¿Por qué?—A lo mejor ya no les quedaban más túnicas — bromeó Raimo.—¿Y qué pasó con el arma glaxiana?—Voló.—¿Quieres decir que me la arrebataron los glaxianos...?—Seguro. —¿Y qué va a pasar ahora...? Andrea dijo que la necesitaríamos para poner en práctica su plan.—Me temo que tendrá que idear otro plan, Aline. El que me expuso, ya no sirve.—Explíquese, Raimo — rogó Yanko Bratanov, el comandante de la ATLANTIC, que se había acercado a ellos, al igual que Gabriella, Ornella y Galina.
- Raimo les habló del plan que tenía Andrea Dwayne y que debía haberse llevado a cabo dentro de dos días, pero que ahora, con la pérdida del arma glaxiana, se había ido al traste.
- —Esperemos que a Andrea se le ocurra otro plan — murmuró Bratanov, abatido.—Yo apuesto a que sí — repuso Raimo, dotando a sus palabras de un tono irónico, tan leve, que nadie supo captar.
-
- ***
- Un par de horas después, media docena de extraterrestres hacían acto de presencia en la sala.— Que nadie se asuste, vienen por mí para llevarme de nuevo a presencia de Andrea Dwayne — adivinó Raimo Glans.Así era.Raimo fue sacado de la jaula y conducido a los aposentos de la reina terrestre de Glaxo.Andrea Dwayne, como la otra vez, le esperaba recostada en el mullido y suave canapé, ataviada con aquella descarada túnica azul celeste.En esta ocasión, sin embargo, no le recibió sonriente, sino con claro gesto de preocupación.Cuando los glaxianos se hubieron retirado, Andrea dijo:
- —Lamento lo que ha pasado, Raimo.
- Este la miró fijamente, al tiempo que se acercaba a ella.
- —¿No sabías tú que los glaxianos iban a sustituir las ropas de todos los prisioneros terrestres, Andrea?—¿Cómo iba a saberlo? Es la primera vez que salgo de Glaxo en una de sus naves y desconocía el proceso que los glaxianos siguen con los seres de otros planetas que capturan. Ahora, ya sé que los llevan a una estancia donde les ordenan desnudarse completamente y les dan una ducha desinfectante, proporcionándoles seguidamente la clásica vestimenta de los esclavos.
- «Te has colado, guapa, porque tú también fuiste capturada y debiste pasar por eso», pensó Raimo, quien, sin embargo, se limitó a preguntar:
- —¿Y por qué sigo yo en pantalón de pijama?—Porque así se lo pedí a Blenk.—¿A Blenk o a Lunk?—¿Cómo?—Pregunto que si

se lo pediste a Blenk, comandante de la nave, o a Lunk, jefe supremo de la milicia glaxiana.

- Andrea Dwayne, un tanto nerviosa, recordó:
- —Lunk no sale nunca de Glaxo, ya te lo dije.—Mentiste entonces y vuelves a mentir ahora.—¿Que yo...?—Lunk viaja a bordo de esta nave, Andrea, y tú lo sabes. El la comanda y no ese Blenk, que a lo mejor ni siquiera existe.—¿Por qué iba yo a...?—Tú no deseas regresar a la Tierra, porque quieres seguir siendo reina de los glaxianos. Son unos seres horribles, pero a ti no te importa, porque te veneran como antes veneraban a la diosa Swala. En realidad, eso eres para ellos, una diosa, desde que aquel rayo casual cayó sobre la estatua de su antigua diosa, Swala, y la pulverizó. No es cierto que no pintes nada en Glaxo, que seas un cero a la izquierda. Allí mandas tú y todos hacen lo que tú quieres. Incluido Lunk. Gozas de toda clase de lujos y placeres y como ya te has acostumbrado al horroroso aspecto de los habitantes de Glaxo, no deseas renunciar a tu situación actual. En la Tierra serías una chica más. En Glaxo, en cambio, eres reina y diosa a la vez. Comprensible, pues, que no desees volver a la Tierra.
- Andrea Dwayne, pálida, no sabía qué decir.Raimo Glans siguió hablando:
- —Necesitas, no obstante, varones terrestres para saciar tus apetencias sexuales debidamente y a eso, sin duda, se debe el que una nave glaxiana haya llegado hasta nuestro Sistema Solar, en busca de ellos. Los que fueron capturados contigo, deben haber muerto todos, como también las mujeres. ¿Me equivoco...?—No... — musitó Andrea.—Me echaste el ojo a mí, e ideaste un plan para conseguirme: hacerme creer que deseabas regresar a la Tierra. Fingiste estar de nuestra parte y Aliney yo te creímos. ¿Cómo no íbamos a creerte, si tú sabías que Alineocultaba en su pantaloncito un arma glaxiana y no se lo dijiste a los seres de Glaxo? Lo hiciste para ganarte nuestra confianza. En cuanto a los latigazos... Tú ordenaste que me los dieran, para que creyéramos que, en efecto, tú no tenías ninguna autoridad sobre los glaxianos, puesto que no habías podido evitarme el castigo. Que Alineocultase un arma, no te preocupaba en absoluto Sabías que la perdería cuando los glaxianos anulasen su voluntad y la sacasen de la jaula, para darle esa ducha desinfectante y sustituir sus ropas. Yo no podría hacer nada por impedirlo, puesto que me hallaba aquí, en tus brazos, gozando de tu cuerpo y haciéndote gozar a ti del mío.

- Podemos gozar muchas veces más, si quieres...

—¿Si quiero qué? ¿Resignarme a ser tu esclavo en Glaxo?

—No serías mi esclavo, Raimo, sino mi amante y disfrutarías de los mismos lujos y placeres que yo.

—¿Y los otros ochenta y seis terrestres?

—Me ocuparé de que sean tratados lo mejor posible, te lo prometo.

—Muchas gracias, pero no me interesa tu oferta.

—No tienes alternativa, Raimo. O aceptas ser mi amante, o todos sufriréis mucho en Glaxo.

—Nosotros no vamos a ir a Glaxo, Andrea.

—Si estás pensando que podéis escapar de la jaula, olvídalo, porque...

—Escaparemos, Andrea. ¿Y sabes cómo? Llevando a cabo el falso plan ideado por ti. Te apresaré y amenazaré a los glaxianos con matarte si no sueltan a los prisioneros terrestres y les proporcionan armas.

Andrea Dwayne sonrió burlonamente.

—No puedes amenazarme, Raimo. No tienes el arma glaxiana.

—Pero tengo un par de brazos fuertes y te romperé el cuello si los glaxianos no obedecen.

Al oír aquello, Andrea metió velozmente la mano bajo el canapé y extrajo una de aquellas temibles armas glaxianas.

Pero no pudo usarla contra Raimo, pues éste cayó sobre ella como un tigre y se la arrebató.

Andrea dio un grito.

Raimo la agarró por detrás, le rodeó el cuello con el brazo izquierdo y esperó a que apareciesen los glaxianos.

No tardarían, porque debían haber oído el grito de la zorra de Andrea.

Efectivamente, apenas unos segundos después, irrumpían en la habitación los seis alienígenas que le habían conducido a presencia de Andrea Dwayne.

Se quedaron parados, al ver que el terrestre tenía presa a su reina y diosa, a la cual apuntaba con el arma de efectosdesintegradores.

—Adelante, Andrea — indicó Raimo —. Tú sabes perfectamente lo que tienes que decirles.

Andrea Dwayne, con voz trémula, ordenó a los glaxianos que soltasen inmediatamente a los prisioneros terrestres y les proporcionasen armas.

Los alienígenas se apresuraron a obedecer.

Raimo, para asegurarse de que Andrea les había ordenado lo que él había dicho, ordenó a ésta que conectase la pantalla de televisión.

Andrea obedeció y al instante apareció la gran jaula metálica, repleta de prisioneros terrestres.

Mientras los glaxianos llegaban hasta allí, Raimo preguntó:

—¿Qué ha sido de la ATLANTIC?

—Sigue acoplada a esta nave. La llevamos a Glaxo como botín.

—¿Cuántos glaxianos hay a bordo?

—Había cincuenta, pero como tú desintegraste a seis, quedan cuarenta y cuatro.

—¿Incluyendo a Lunk?

—Con él, cuarenta y cinco.

—¿Puedo hablar, desde aquí, con el comandante Bratanov?

—Sí; pulsando esa tecla.

—Púlsala.
Andrea lo hizo.

Raimo se apresuró a informar de la situación a Yanko Bratanov, a quien, seguidamente, indicó:

—¡Diríjanse todos a la ATLANTIC, comandante!

—¿Y usted, Raimo...?

—¡Me reuniré con ustedes cuando todos estén en la astronave!

—Pero...

—¡No teman por mí, no me sucederá nada mientras tenga a Andrea Dwayne en mi poder!

—¡Ten mucho cuidado, Raimo!— suplicó AlineCoghlan.

—¡Lo tendré, preciosa!

Segundos después, un numeroso grupo de glaxianos hacía su aparición en la gran sala y liberaban a los prisioneros terrestres, entregándoles las armas que ellos portaban en sus cintos.

—¡Todos a la astronave, de prisa! —gritó Yanko Bratanov.

Los ochenta y seis terrestres abandonaron la sala.

—Quiero verles entrar en la ATLANTIC, Andrea— dijo Raimo.

La reina de los glaxianos pulsó otra tecla y la imagen cambió.

Ahora, se veía a los terrestres atravesar un corredor.

Luego, cruzaron la espaciosa cabina de mandos.

Al otro lado de la misma, se hallaba el túnel mecánico que permanecía acoplado a la puerta principal de la ATLANTIC.

Penetraron en la astronave, sin ser molestados en ningún momento por los glaxianos.

—Es nuestro turno, Andrea — dijo Raimo—. Vamos, camina. Y cuidado con intentar nada, o convierto tu espléndido cuerpo en humo.

—¿Qué piensas hacer conmigo, Raimo? — preguntó ella.

—Volverás a la Tierra, donde serás juzgada.

—¿Juzgada...? ¿Por qué?

—Eres responsable de la muerte de treinta y tres personas, las que perecieron en el ataque a la ATLANTIC.

—¡Yo no las maté!

—Pero ordenaste el ataque.

Andrea Dwayne se mordió los labios.

—Déjame volver a Glaxo, Raimo, y te prometo que ninguna nave glaxiana volverá a atacar una astronave terrestre.

—¿Y quién se fía de tus promesas?

—Raimo, yo te juro que...

—Cierra tu preciosa boquita y camina.

Salieron de los aposentos de Andrea Dwayne.Avanzaron por el corredor, el cuello de Andrea siempre cercado por el brazo izquierdo de Raimo.

Este caminaba con todos los sentidos alerta.

Gracias a eso no se vio sorprendido por la pareja de glaxianos que surgieron de pronto por un extremo del corredor.

Raimo movió velozmente su arma y disparó sobre ellos, desintegrándolos a los dos.

Otros tres extraterrestres brotaron en el otro extremo del corredor. Uno de ellos era Lunk, jefe supremo de la milicia glaxiana.

Raimo lo adivinó por el peto de escamas plateadas que cubría su pecho, en cuyo centro lucía un extraño símbolo.

Sin perder un segundo, Raimo disparó sobre los tres, alcanzándolos con los poderosos rayos rojizos.

Los tres empezaron a desintegrarse.

—¡Has matado a Lunk! — exclamó Andrea.

—¡El se lo buscó! ¡Vamos, corre! — rugió Raimo. Antes de alcanzar la ATLANTIC, Raimo Glanstuvoque hacer frente a varios glaxianos más, a los cuales consiguió desintegrar también.

Y es que Raimo tenía la gran ventaja de que él podía disparar a placer sobre los glaxianos, mientras que éstos, por temor a alcanzar a su reina, perdían un tiempo precioso tratando de sorprender al terrestre por la espalda.

Cuando ya estaban a punto de cruzar el túnel mecánico que conducía a bordo de la ATLANTIC, Raimo envió varios rayos

desintegradores sobre los sofisticados aparatos electrónicos que había en la cabina de mandos, con el fin de evitar que la nave glaxiana pudiera lanzarse en su persecución.

Pero Raimo logró algo más que eso.

Lo supo escasos minutos después cuando ya la ATLANTIC, separada de la nave extraterrestre, se alejaba a toda velocidad.

Alguno de los aparatos desintegrados por Raimo debía ser vital para la seguridad de la nave glaxiana y ésta estalló en pedazos.

El comandante Bratanov, Raimo Glans, Andrea Dwayne, AlineCoghlan, Gabriella Simmons, Ornella, Galina, y algunos otros, presenciaron la explosión de la nave glaxiana a través de la pantalla telescópica de la ATLANTIC.

— Se acabó la pesadilla... — murmuró Yanko Bratanov y tanto él como el resto de los terrestres que se hallaban en la cabina de mandos de la ATLANTIC, pudieron respirar a gusto.

Sólo hubo una excepción: Andrea Dwayne.

Ella no podía respirar a gusto.

Sabía lo que le esperaba, cuando llegase a la Tierra...

EPILOGO

Raimo Glans se introdujo en el camarote de AlineCoghlan.

Y, esta vez, deliberadamente.

Le fue muy fácil colarse, pues no tuvo más que apartar la cortina que hacía las veces de puerta, desintegrada, como las de los demás camarotes, por los glaxianos cuando la ATLANTIC fue abordada por ellos.

La luz del camarote estaba apagada, pero Raimo pudo ver perfectamente a Aline, acostada en la cama.

Ella le daba la espalda.

¿Dormía?

No tardaría en saberlo.

Raimo se despojó de la bata y, cubierto sólo con el pantalón de pijama, levantó la sábana y se metió en la cama, acercando su cuerpo al de Aline.

Al instante supo que ella no llevaba prenda alguna encima.

Mejor.

Raimo acarició sus muslos, su cadera, su vientre, sus senos...

Alinese estremeció suavemente, al tiempo que un dulce gemido escapaba de su garganta.

Raimo sonrió.

Ya sabía que ella no estaba dormida.

Sin duda, le esperaba.

— Aline... —pronunció, muy bajo, sin dejar de acariciarle los pechos, que ya estaban respondiendo al contacto de los dedos masculinos.

—¿Qué?

—¿Duermes?

—Tú sabes que no.

—¿Puedo pasar la noche contigo?

—¿Sólo ésta?

—Esta y muchas más. Todas las que tú quieras.

—¿Como amantes... o como marido y mujer?

—No tenía pensado casarme antes de los cuarenta, pero como estoy seguro de que si te dejo escapar, no encontraré otra mujer como tú, contraeremos matrimonio en cuanto regresemos a la Tierra.

AlineCoghlan se volvió de cara a él, le cercó el cuello con sus brazos y, sonriéndole amorosamente, confesó:

—Te quiero, Raimo.

—Y yo a ti, Aline— respondió Raimo Glans, uniendo su boca a la de ella, en largo y profundo beso, mientras sus manos recorrían de arriba abajo el esbelto cuerpo de Aline, haciéndolo vibrar de placer.

Raimo abandonó los labios de Aliney buscó con los suyos los palpitantes senos, que besó con verdadera adoración.

Ella cerró los ojos y gimió:

—¡Raimo!

Sonó como una súplica.

Raimo Glans no demoró más la unión sexual, que AlineCoghlan ansiaba, excitada por sus hábiles caricias y como él también ansiaba ese momento, cubrió con su cuerpo el de ella y la poseyó, alcanzando los dos la cima del placer muy poco tiempo después.

Una cima que pensaban escalar juntos muchas veces.

Pero no todas aquella noche, claro..

FIN